

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

BARCELONA 18 DE OCTUBRE DE 1909

NÚM. 1.451



BERNA. — MONUMENTO Á LA UNIÓN POSTAL UNIVERSAL,
obra de Saint-Marceaux, inaugurado solemnemente el día 5 de los corrientes
(De fotografía de Argus Photo Reportage.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo cuarto de la presente serie, que es

ABRAHAM LINCOLN ÍNTIMO

obra interesantísima, ya que además de presentarnos en su intimidad al hombre que desde el más humilde origen se elevó a la primera magistratura de un Estado poderosísimo, evoca uno de los periodos más trascendentales de la historia de la América del Norte.

El tomo está profusamente ilustrado con reproducciones de retratos y dibujos de la época.

SUMARIO

Texto.—De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *La hornilla*, por Juan Tomás Salvany. — *Monumentos originales.* — *Dos obras notables de la pintura contemporánea.* — *Nueva York. Fiestas del aniversario de Hudson - Fulton.* — *Berna. Monumento a la Unión Postal Universal.* — *El proyector más grande del mundo.* — *Grupo escultórico de Miguel B'ay.* — *Espectáculos.* — *Problema de ajedrez.* — *El archivo de Gubray*, novela ilustrada (continuación). — *¿Por qué no usar los vestidos clásicos?*, por A. L. Baldy. — *Libros recibidos.* — *La gran quincena de la aviación en París.*
Grabados.—Berna. *Monumento a la Unión Postal*, obra de Saint-Marceaux. — Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *La hornilla.* — *Juan Laverry y su hija*, retratos pintados por él mismo. — *Monumentos a Bárbara Uttmann en Annaberg, a Levassor en París, a Miguel Klotz en Mittenwald, a los aeronautas del sitio (1870-71) y a Claudio Chappe en París.* — *Retrato de la señora X*, pintado por Ilugo Vogel. — *Grupo de retratos*, pintado por Juan Sargent. — *Enrique Hudson.* — *Roberto Fulton.* — *El «Half-Moon».* — *El «Clermont».* — *La campaña de Melilla*, siete fotogramas. — *Barcelona. Grupo escultórico*, de Miguel Blay. — Cuatro ilustraciones del artículo *¿Por qué no usar los vestidos clásicos?* — *Vista del aeródromo de Port-Aviation en Juvisy, durante la gran quincena de la aviación en París.*

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La dispersión de las lenguas al pie de la Torre de Babel, allí, en las llanuras bíblicas de Sennaar, parece haber dejado en los fondos oscuros de la conciencia humana un recuerdo impreciso, pero constante, de la pristina unidad de nuestra especie, simbolizada en la unidad del lenguaje, verbo y distintivo de nuestra jerarquía sobre el planeta.

La palabra es la portentosa confluencia de la materia y el espíritu: la flor de la vida. De la palabra han podido escribir maravillosas páginas de elogio nuestro Maragall y el sorprendente, el desconcertante Ernesto Hello, quien — aplicándole una luminosa distinción a sí mismo debida — no goza acaso de la reputación que merece porque tiene pleno derecho a la gloria. La palabra es el punto de enlace de lo infinito con lo finito, y por esta razón, la Filología, como la Astronomía ó celeste Urania, se convierte en disciplina trascendente, pues ambas exploran los últimos confines donde acaba lo conocido y empieza lo incognoscible. *Mediatris aeterni* llamó Nieburh a esa alta filología, con elegante y sugestiva expresión. Y por esto, sin duda, las cuestiones lingüísticas, por poco que se eleven, conducen, por vías extrañas, a cierto estado místico en que la ciencia pura se convierte poco a poco en teosofismo, en disciplina semiagnóstica, en iluminación del gran misterio de la humanidad y de sus orígenes y destino.

Acaso deba buscarse en esa vaga reminiscencia de la unidad primitiva de nuestra especie la raíz de las utopías cuasi religiosas por medio de las cuales, y siglo tras siglo, intenta el hombre volver a la felicidad de los tiempos patriarcales, restaurando ó suscitando el lenguaje único y común para todos los pueblos y gentes, como signo exterior de una nueva confraternidad entre ellos y del advenimiento definitivo del amor y la paz sobre la tierra.

* *

¿No es verdad que algo de esto palpitaba en las reuniones del Congreso Esperantista recientemente celebrado en Barcelona? Un doctor, un hombre de ciencia, un solitario de gabinete, se dedica, durante años de elaboración incesante, a crear un idioma internacional supletorio. Su ambición se reduce acaso a producir un instrumento que sirva a la ciencia y al comercio como una clave fácil para entenderse por encima de los idiomas nacionales, de la misma manera que el aeroplano, abandonando las sinuosidades y recodos del relieve terrestre, busca la comunicación rectilínea a través de la atmósfera.

Zamenoff levanta su utopía, verdadera «lengua del espacio» podríamos decir, desligada de todo proceso histórico, de toda evolución étnica, de toda

subordinación a las realidades vivientes. Su esfuerzo es comparable al del químico que quisiera producir un árbol nuevo, con métodos de laboratorio ó por deducciones de silogismo, repoblando los montes con ese árbol racional y a priori y substituyendo con él las especies espontáneas y naturales, producto de la vida misma. No piensa acaso, como ya he dicho, sino en ofrecer una clave internacional de manejo fácil, un código de señales, algo así como un telégrafo de banderas...

Y, sin embargo, llega su obra a conocimiento de algunos curiosos, se abre camino a través de cierta capa de la inteligencia, reúne un público, hace procelitos, conquista una multitud esparcida entre todos los pueblos civilizados, y entonces, los primeros propósitos del inventor se transforman y agrandan en el entusiasmo de sus adeptos. La clave muerta, el código de señales, se convierte para ellos, de una manera confusa, en una esperanza de mayor trascendencia. El elemento místico agita las almas; y la lejana y más ó menos imposible adopción de un lenguaje único por la humanidad remueve los fondos de la subconciencia donde duermen los informes recuerdos de las primeras edades planetarias. Una fascinación futurista opera por debajo del simple fervor lingüístico; un calor semirreligioso anima a los convencidos con el contagio de la iniciación. Parece que no estudian la gramática de una lengua convencional, creada para que los comerciantes puedan hacerse con más facilidad sus pedidos de cueros, de metales ó de conservas. Al contrario: parece que se dirigen juntos, a través de lo porvenir, conducidos por la *Quintupinta estelo*, hacia una meta soñada, que es el mismo punto de partida: la torre de Babel, las llanuras de Sennaar, donde se originó la dispersión de las lenguas y donde volverán a restituirse en una sola como símbolo de la indestructible alianza y confraternidad de los hombres.

* *

Todo eso pudo descubrir el observador en las aglomeraciones y fiestas del Congreso de Esperanto, que atrajo a Barcelona una tan lucida y numerosa concurrencia de extranjeros. En dicha asamblea advertíase algo que no suele hallarse en el común de los congresos y conferencias internacionales: esa ligera exaltación espiritual, mística, que se revelaba en la cordialidad de las presentaciones y saludos, en la efusión de los aplausos, en el brillo de las miradas y en cierta aura mesiánica que flotaba sobre las cabezas y que no es posible observar en otras solemnidades puramente oficiales ó rigurosamente científicas.

Para los barceloneses, aun los no esperantistas, tuvo el Congreso otra importancia inapreciable. Fué la primera nota de franca alegría que alborozaba a la ciudad después de las tristes jornadas de julio, y representó para todos la vuelta al aspecto normal de Barcelona y a la animación y brillantez de sus calles, de sus teatros, de sus hoteles y de sus cafés.

Viajeros y viajeras de todos los países del mundo, con su atrayente nota de exotismo en los trajes y aun en los rostros, devolvieron a la ciudad sus apariencias cosmopolitas que accidentalmente se habían amortiguado. Esta misma oportunidad desarmó a los espíritus burlones, a los incrédulos del esperanto, el cual, para crecer, cuenta con la impulsión activa de sus entusiastas y con el agujijón de los zumbones y escépticos. Para éstos no resulta más que una de tantas formas de perder el tiempo que va ensayando la humanidad. Sea. Lo que no se puede negar es que esa «forma de perder el tiempo» resulta inofensiva, y cuando menos, altamente simpática.

* *

Y aún no se han apagado los ecos de las sesiones, de los discursos, de los brindis y de los espectáculos celebrados en honor de los concurrentes, cuando empieza a trabajarse de verdad en la preparación de otro Congreso, de índole muy distinta, pero de excepcional interés por su materia y por el momento de someterla a estudio.

Claro está que me refiero al Congreso de gobierno municipal. Puede decirse que la vida local anda perdida en España desde hace dos siglos. Nuestro sistema centralista, si algún cargo serio merece, no es tanto por su absorción legal de funciones, como por haber mutado indirectamente el espíritu municipal, el sentido y la energía de las localidades, la fecundidad obrando de abajo arriba. Patente está el ejemplo de Prusia, cuya vigorización se debe a la reforma de su régimen local en el primer tercio del siglo pasado, que la puso en aptitud de erigirse en base del futuro Imperio germánico.

Un país no es una abstracción que pueda vivir de teorías y alimentarse de apotegmas políticos. Es algo muy diferente, que necesita sangre y músculo; esto es, riqueza, prosperidad, contenido, en una palabra. Reformar, embellecer, engrandecer una ciudad, es una obra, no mezquina ni modesta para un «hombre de grandes vuelos», como se juzgaba cursilamente hace treinta ó cuarenta años, sino una obra eminente de alta política. Es robustecer el organismo de la patria; es intensificar su tejido social y su potencia. Diez reformadores hábiles de diez ciudades ó comarcas, trabajando a la una, desde abajo, en diez porciones distintas del territorio, harían más por la nación que el más afortunado estadista y el más feliz Parlamento trabajando a la inversa, esto es, desde arriba.

La potencia de un país se forma de cosas concretas, como el cuerpo se mantiene de elementos nutritivos y asimilables. Y la base de lo concreto en la vida nacional la constituyen las sociedades locales, los municipios, las aglomeraciones espontáneas de individuos. ¿Cómo pretender que una nación sea fuerte si hemos descuidado el cultivo de cada uno de sus músculos para no preocuparnos más que de uno ó dos órganos, de la cabeza ó del estómago, por ejemplo, para que a la postre no resulte un monstruo que sostiene sobre unas piernecillas enclenques y un tronco raquíutico una cabeza macrocefálica, propensa al delirio ó a la congestión?

Dirigir la atención de los jóvenes hacia este campo de estudio y de actividad constituye el fin y la tarea del próximo Congreso de gobierno municipal. En sus distintas secciones, en sus ponencias y en los temas que libremente quieran tratar los congresistas, aparecerán las líneas generales de lo que bien pudiera llamarse enciclopedia local, desde su organización administrativa y su régimen económico, hasta los problemas estéticos é higiénicos más especializados y el problema de los problemas: la reforma escolar.

* *

Mientras tanto Valencia no se descuida y está a punto de celebrar su Congreso de la poesía, que a tantas discusiones ha venido dando materia desde que se inició su convocatoria. Con motivo de este Congreso se trata de rendir un merecidísimo homenaje a D. Teodoro Llorente.

Y he aquí los que se hayan extrañado de la ingenuidad de aquel asunto en una crónica de Barcelona, tendrán que explicársela en seguida, pues Llorente es un catalán, un gran catalán honorario, con servicios muy efectivos, y valiosos, y constantes en favor de esta tierra.

Háblase, y con razón, del patriarcado de Llorente. Con la juventud de alma de los patriarcas, con la lozanía y frescura de imaginación que para sí quisieran muchos ancianos de veinte años, con su fe en todos los ideales nobles y una fidelidad jamás quebrantada a la literatura en su más alto sentido, a la belleza y a la poesía excelsa de los grandes maestros, Llorente es una figura única y aparte entre los escritores españoles contemporáneos.

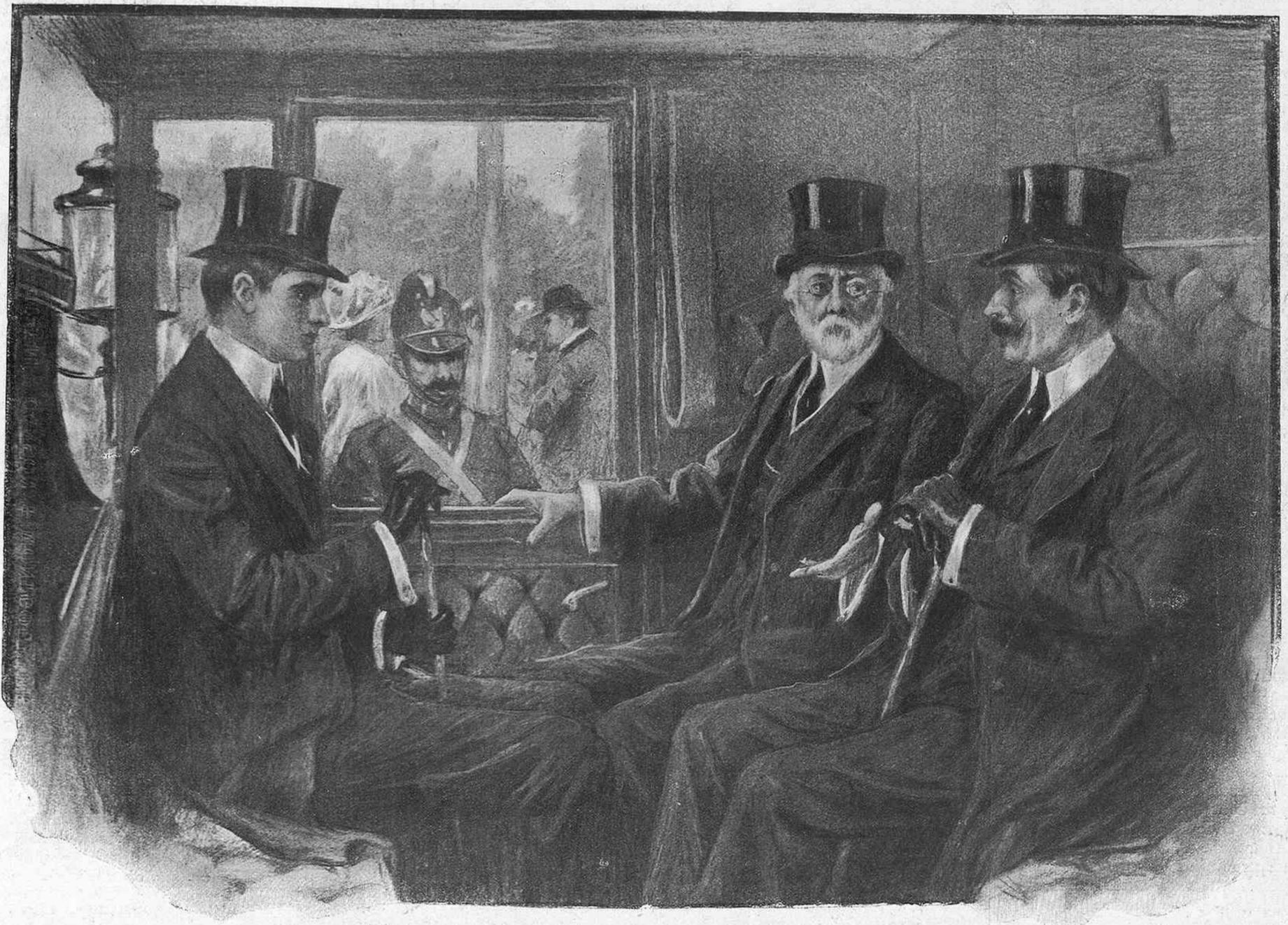
Su vida se ha ido elevando y ennobleciendo al par de los años. Desde la esfera del político militante se ha elevado a la esfera del patriota puro, por todos respetado y comprendido. Desde las tareas del escritor profesional, sujeto a las asechanzas de la rivalidad ó la envidia, ha pasado a la serena región de los consejeros inapelables y de los árbitros del gusto.

Valencia vive, como en un santuario, en el alma de Llorente. Es el espejo más claro y diamantino en que pueda contemplarse y tomar conciencia de sí misma aquella región luminosa y perfumada. Los hombres superiores alcanzan ese poder de encarnar y condensar la unidad de conciencia de sus pueblos. Lo que representa la actual Exposición acaso hubiera sido imposible si no hubiese pasado antes por el alma valenciana el hálito fecundante de la poesía de D. Teodoro.

Los escritores y poetas de Cataluña se disponen a asociarse efusivamente a ese homenaje. Los *Llibrets de versos* del insigne cantor del Turia constituirán una de las muestras más delicadas y duraderas de nuestro Renacimiento, así como quien las compuso figurará en primera línea entre los que mejor sintieron la tradición literaria de nuestra lengua nativa y más felizmente empalmaron lo nuevo con lo antiguo. En el sentido de la asimilación perfecta y de la plena maestría, no hay quien pueda aventajar a Llorente, que, a través de los campos de modas y escuelas, se ha mantenido substancialmente fiel a sí mismo y exento de toda ñoñez y decrepitud.

MIGUEL S. OLIVER.

LA HORNILLA, POR JUAN TOMÁS SALVANY. Dibujo de Sardá



Arrellanados en un lujoso landó de los muchos que se veían entre el fúnebre cortejo

La tarde en que enterraron al senador del reino D. José Pérez Andrade, arrellanados en un lujoso landó de los muchos que se veían entre el fúnebre cortejo, tres enlutados caballeros iban hablando del difunto.

—¿De qué ha muerto?, preguntó el más joven.

—De viejo, respondió el de mediana edad. Tenía noventa años.

—Era hombre laborioso y bueno, según dicen.

—Bueno y laborioso, sí; lo primero, sobre todo. Por ello, sin duda, Dios le concedió una envidiable existencia y una muerte no menos envidiable. Falleció ayer á la una de la tarde, rodeado de su familia, sin convulsiones ni sufrimientos, como una luz que se apaga ó un soñoliento que se duerme.

—Deja, en opinión de muchos, una cuantiosa fortuna.

—Y no se equivoca la opinión; tal es el fruto de su honradez y su trabajo.

—¡Pobre D. José!

Una nube de tristeza envolvió á los interlocutores, que permanecieron mudos y cabizbajos, como si de improviso hubiese caído sobre ellos toda la otoñal melancolía de aquella destemplada y nebulosa tarde.

El fúnebre cortejo, obligado por la desigualdad del piso á abandonar la línea recta, semejante á una culebra que sacude su invernal letargo, avanzaba lentamente por la prolongación de la calle de Alcalá hacia el cementerio del Este, hundiéndose en los baches, tropezando con las piedras, envuelto en espeso y sucio polvo, entre un ruido mareante de maderas y cristales. Al cruzar por delante del paseo de coches del Retiro, dijo tristemente, como hablando consigo mismo, el más viejo de los enlutados del landó, un anciano de cabello y barba blancos, que hasta entonces había permanecido silencioso:

—¡Aquí fué!

Sus compañeros de carruaje le miraron sorprendidos.

—¿Qué fué? ¿Qué ocurrió aquí?

El interpelado, pasándose una mano por la frente,

pareció salir de su ensimismamiento y respondió:

—Un suceso, un curioso episodio de la vida del difunto, episodio de muy pocos conocido, porque él no lo refería nunca, y que por casualidad ha llegado á mi noticia.

—¡Hombre! Si no fuera indiscreción...

—Nada de eso; se trata de un hecho de su vida, que enaltece á nuestro amigo, y habiendo sonado para él la hora de los elogios, será honrar su memoria hacerlo público. Su modestia, por desgracia, ya no puede sentirse lastimada... En fin, oigan ustedes.

Y el venerable anciano, después de clavar en el Retiro una mirada distraída, refirió la historia en estos términos:

«Al comenzar la tarde de un domingo de octubre, hace de ello largo tiempo, brillaba en Madrid el sol con todo su esplendor. Por este mismo sitio donde ahora nos encontramos, rodaban coches y subía gente dirigiéndose á los toros, pues era tarde de corrida. De pronto, entre la muchedumbre, al lado de la acera, debajo de los árboles, apareció un hombre de humilde aspecto llevando una hornilla de barro cocido en la cabeza. Seguíanle una mujer, pobremente vestida, cargada con un saco de castañas, y dos rapazuelos de cortos años y miserable apariencia pegados á las faldas de su madre. El hombre, con el afán de llegar cuanto antes al punto elegido para despachar su mercancía, repentinamente se hundió en un bache, dió un traspie, y en el movimiento que hizo para guardar el equilibrio, la hornilla, que era nueva, se le escapó de la cabeza, y al chocar contra las losas de la acera, se hizo mil pedazos.

—¡Contra..., recontra..., maldita sea mi suerte!

Profiriendo estas y otras exclamaciones, el infeliz, cuya edad no pasaría de los veinticinco años, comenzó á apuñearse el rostro, á mesarse los cabellos y á tirarse de las barbas, de manera que el verlo movía á compasión. La mujer, ante la desesperación de su marido, se retorció los brazos, mirando los cascotes de la hornilla esparcidos por el suelo, y los niños, asustados, lloraban y voceaban, poniendo el grito

en el cielo. Tres jóvenes caballeros, hermanos y alegres los tres, que con sendos cigarros en la boca acertaban á pasar, presenciaron esta dolorosa escena.

—¡Mirad!, dijo el menor. A ese hombre se le ha roto la hornilla de asar castañas. ¡Cómo se desespera!

—¡Y era nueva!, observó el segundo. Pensaría con ella ganar para comer, y al hallar defraudada su esperanza...

—¡Pobre hombre!, añadió el más alto y menos joven de los hermanos.

Y sin mirar lo que sacaba del bolsillo (en aquel tiempo circulaba el oro), arrojó al desesperado una moneda de cinco duros. Recogióla éste, y en actitud de devolvérsela, pues no había advertido la acción del joven, preguntó:

—Caballero, ¿se le ha caído á usted esta moneda?

—No, no se me ha caído; se la he dado á usted.

—¡A mí..., tanto dinero!.. ¿Para qué?

—Para que compre usted otra hornilla.

—¡Dios mío! ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama usted? ¿Dónde vive usted? Dígame al menos...

El infeliz, balbuceando estas palabras, tenía cogidas ambas manos al donante y pugnaba por besar selas.

D. José, porque era él, se desasíó suavemente mientras le decía:

—Adiós, amigo; buena suerte.

Y se alejó, acompañado de sus hermanos, llevándose tras sí la extática mirada de aquel desgraciado, que no acertaba á salir de su sorpresa.

Pasaron años, muchos años, lo menos dos docenas, hasta que un día, el día de San José, nuestro hoy difunto amigo, quien, como todos los hombres de generoso corazón, había olvidado el favor prestado á un semejante, entre los muchos regalos que amigos y aduladores le enviaron, recibió una cajita de tafílete, cerrada con delicado broche. Abrióla cuidadosamente, y halló dentro, embutida en terciopelo carmesí, una pequeña hornilla de plata sobredorada, fiel imitación de aquella cuyos fragmentos, allá en su juventud, viera esparcidos por el suelo, y en ella, pri-

morosamente labrados á cincel, su propio nombre y la fecha del suceso.

—¡Es curioso! ¡Admirable! profirieron á un tiempo los interlocutores del anciano.

—Como quiera que no viniese acompañada de tarjeta ni señal alguna por la cual pudiera traslucirse el nombre ó el domicilio del autor de tal regalo, aunque poco hubo de costarle adivinar su procedencia, limitóse nuestro amigo á sonreír y lo guardó, como una reliquia, en la vitrina de su despacho. A pesar de ello, no había de parar aquí la cosa, sino que, andando el tiempo, próxima á contraer matrimonio la hija menor de D. José...

—¿Emilia, la esposa del general Galindo?

—Sí, la misma; digna hija de tal padre. Pues, como iba diciendo, encargaron el ajuar en uno de los almacenes más acreditados y mejor surtidos de Madrid, el cual, por su primor y elegancia, superó con creces la esperanza de los interesados. Yendo y viniendo días, cuando ya estaba encinta Emilia, cierta mañana encontró D. José á su cara mitad muy pensativa y cavilosa.

—¿Qué te pasa, mujer?

—Una cosa rarísima.

—¿Y qué es ello?

—Que no hay medio de pagar el ajuar de nuestra hija.

—¿Cómo! ¿No está pagado todavía?

—Ponte tú en mi lugar: cien veces pedí la cuenta, según me tenías encargado. Que bueno, que otro día, que ya veremos, no conseguí que la trajeran. Ayer fui yo misma al almacén y me contestaron los dependientes: «¿La cuenta del Sr. Pérez Andrade?.. ¡Ah, sí! El amo nos ha prohibido terminantemente presentarla.» Y mira, querido Pepe, que no se trata de ningún grano de anís.

—Tienes razón, es singular... ¿Dónde encargamos?.. No recuerdo.

—En casa de Altimira.

—Alguna equivocación... Déjalo, iré yo á ver...

Fué, en efecto, aquella tarde; pero le contestaron lo mismo que á su esposa. Preguntó entonces por el dueño del almacén, el cual no hubo de tardar en presentarse. D. José quedó admirado y temeroso al reconocer en él, á pesar del cambio operado por los años, á su antiguo protegido. No obstante, sin darse por enterado, expuso su pretensión, y al hacerlo, el industrial, con las manos apoyadas en el mostrador, le respondió de esta manera:

—Lo que usted solicita de mí, Sr. Andrade, es completamente imposible.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Usted me ha reconocido, ¿verdad? Pues bien: cuando yo tuve el gusto y el honor de conocerle á usted, todo mi capital consistía en una hornilla rota y algunos puñados de castañas crudas. Hoy, véalo usted, no me dejaría ahorcar por tres millones de reales.

—¿Y eso, qué tiene que ver?..

—Tiene que ver y mucho. Gracias á su generosidad, asé y vendí todas las castañas; mis hijos y mi esposa comieron y durmieron bien la noche de aquel día. Luego, con las ganancias obtenidas y el sobrante de aquella moneda, extendí mi pequeño comercio; trabajé, me orienté, y á fuerza de años, de constancia y de privaciones, prosperaron mis negocios y he llegado á lo que soy.

—Y yo me alegro mucho, repuso D. José; pero ya usted, si no estoy equivocado, me manifestó su gratitud enviándome un delicado obsequio.

El industrial se sonrió satisfecho, y sin cambiar de postura, levantando la cabeza y clavando en el rostro de nuestro amigo una mirada franca, prosiguió:

—¿Y qué vale eso? Usted me libró del hambre, tal vez del crimen, y yo, en la imposibilidad de recompensarle de otro modo, le he asociado á mis negocios en calidad de socio comendatario, y aquí me tiene usted á sus órdenes. Pues qué, ¿se figuraba

El entierro se verificó con la solemnidad acostumbrada en tales casos, y apenas terminada la ceremonia, un viejecito bien trajeado, de aspecto vulgar, pero de mirada inteligente y noble, se destacó de la fúnebre comitiva hasta dejarse caer de rodillas sobre la fosa, besando la tierra sagrada y murmurando en un sollozo: —Duerme en paz, alma elegida. Si supiera el mundo lo que pierde...

Todos le contemplaron admirados.

El venerable anciano del landó extendió el brazo hacia la sepultura, y con acento conmovido dijo á sus compañeros:

—Ahí lo tienen ustedes: ese es el hombre de la hornilla.

MONUMENTOS

ORIGINALES

En todos los tiempos los pueblos han glorificado á sus héroes, á sus sabios, á los grandes hombres que han alcanzado fama universal por sus hazañas guerreras, por sus conquistas científicas, por sus obras artísticas ó literarias. Pero también han perpetuado la memoria de personajes más humildes, que, sin haber alcanzado mundial renombre, han contribuído al progreso ó al bienestar de la humanidad.

En la siguiente página reproducimos varios de esos monumentos erigidos en honor de personajes de condición muy distinta y que se han hecho célebres por hechos ó descubrimientos de muy diferente género.

Hay en primer lugar el de Bárbara Uttmann, fundadora, en 1561, de la industria de los encajes en Annaberg, en donde además creó varias escuelas profesionales para la enseñanza y el fomento de tan importante industria. A pesar del tiempo transcurrido, aquella población levantó, hace algunos años, á su bienhechora una estatua que corona una fuente pública.

Otro fundador de otra industria importantísima tiene también su monumento: Levassor, uno de los primeros que construyeron automóviles de los sistemas modernos, introduciendo en los antiguos modelos reformas que han contribuído esencialmente al desarrollo y perfeccionamiento de este medio de locomoción.

Mittenwald, la ciudad bávara en donde florece desde hace siglos la industria de la fabricación de instrumentos de cuerda, ostenta en una de sus plazas un monumento dedicado á Miguel Klotz, fabricante de violines que alcanzó gran celebridad.

Durante el sitio de París de 1870-1871, salieron de aquella capital cincuenta y dos globos cuya misión consistía en poner en comunicación la plaza sitiada con otros puntos de Francia no ocupados por el enemigo; algunos pudieron llegar á su destino; otros, empero, cayeron en poder de los alemanes ó fueron á perderse en el mar. La nación francesa ha perpetuado el recuerdo de aquellos héroes y de aquellos mártires, erigiéndoles en París un monumento que recuerda á las futuras generaciones el sacrificio que hicieron de sus vidas en aras de su patria.

En París también puede admirarse un monumento bellísimo levantado en honor de Claudio Chappe, el inventor de la telegrafía aérea. La idea de la comunicación á gran distancia es muy antigua, y antes de Chappe muchos sabios habían hecho tentativas para generalizarla; pero él fué quien supo hacerla práctica mediante un sistema sencillo y diferente de todo cuanto se había hecho anteriormente. La primera línea telegráfica aérea se estableció en 1793, y la primera noticia que por ella se transmitió fué la toma por los franceses de Condé, que ocupaban los austriacos.—T.



El notable pintor inglés Juan Lavery y su hija, retratos pintados por él mismo

que no había yo de averiguar quién era usted? ¿Que había de quedarme sin tomar el desquite? ¿Me tomaba usted acaso por un ingrato, por un sinvergüenza?

—Nada de eso, insistió Andrade; mas considere usted, amigo, que la cuenta en cuestión para mí es una bicoca.

—Ni que tuviera usted diez veces más; yo sé lo que hago y lo que digo.

—¡Pero hombre!

—No se canse usted, D. José: mientras Dios me dé á mí vida, ni usted ni ninguno de su familia pagarán una cuenta en esta casa.

Así lo dijo y así fué. Nuestro difunto amigo, después de manifestar convenientemente su agradecimiento, hubo de retirarse entre conmovido y contrariado. Y si es verdad que, con sentimiento de su alma, ha muerto sin saldar aquella cuenta, tampoco lo es menos que, mientras vivió, puso el mayor cuidado en no aumentarla en lo más mínimo.

Proferidas estas últimas razones, el anciano guardó silencio, enjugando una lágrima que á sus ojos asomaba.

—¡Donosa, conmovedora historia!, exclamaron á un tiempo sus compañeros de landó, mientras éste, precedido de otros muchos, franqueaba la verja del cementerio.

MONUMENTOS ORIGINALES. (De fotografías de Carlos Delius.)



ANNABERG (Alemania.) Monumento á Bárbara Uttmann, fundadora de la industria de los encajes en Annaberg.—PARÍS. Monumento á Levassor, fundador de la fabricación de automóviles.—MITTENWALD (Baviera.) Monumento al célebre fabricante de violines Miguel Klotz.—PARÍS. Monumento á los aeronautas del Sitio (1870-1871).—PARÍS. Monumento á Claudio Chappe, inventor de la telegrafía.

DOS OBRAS NOTABLES

DE LA
PINTURA CONTEMPORÁNEA

Hace pocas semanas, en el número 1.447, publicamos algunas de las pinturas ejecutadas por Hugo Vogel para decorar el salón de la Casa Consistorial de Hamburgo. En aquellas obras puede admirarse el genio del artista de concepción grandiosa y de ejecución vigorosa y amplia, cualidades que se adaptan perfectamente al género á que pertenece aquella serie de cuadros, en cada uno de los cuales el artista había de sintetizar los más importantes episodios de la historia de aquella ciudad, y que indispensablemente ha de tener en alto grado el pintor que, como Vogel en este caso particular, ha de llenar una vasta superficie.

Si se comparan aquellas pinturas con el retrato del mismo autor que en esta página reproducimos, no puede menos de llamar la atención el contraste que entre uno y otras existe: todo lo que en los cuadros de Hamburgo es energía y firmeza de dibujo y de color, en el retrato es gracia y elegancia, sin que estas cualidades de forma perjudiquen en lo más mínimo el valor que tiene el lienzo en lo que constituye su parte psíquica. Y este contraste demuestra las altas dotes que para cultivar los más diversos géneros posee Hugo Vogel, á quien con razón se considera en Alemania como uno de los más genuinos representantes del arte patrio contemporáneo y como uno de los más merecedores del nombre de maestros.

No menos digno de este título es el autor del grupo de retratos que también reproducimos en



Retrato de la señora X, pintado por Hugo Vogel
(Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín 1909)

inglés, y el haber llegado á tan alto puesto es para él doblemente meritorio, ya que para alcanzarlo ha

la crítica, que veían en él al artista rebelde, empeñado en romper con antiguos moldes por todos admitidos y respetados.

Poco á poco, empero, la crítica y la opinión pública hubieron de declararse vencidas y de reconocer lo mucho que valía el genial artista, que al fin recibió la consagración suprema con su ingreso en la Real Academia de Londres.

Sargent es relativamente joven, pues en la actualidad cuenta cincuenta y tres años, y sin embargo su obra bien puede calificarse de inmensa; en cambio, no cabe decir que sea definitiva, y no porque en lo que hasta ahora lleva hecho no haya alcanzado el grado de perfección que caracteriza á los grandes artistas, sino porque cada día se plantea á sí mismo nuevos problemas, ensanchando cada vez más los horizontes de su arte.

De aquí que acerca de él y de su obra artística no pueda todavía formularse el juicio definitivo que tratándose de otros artistas, también merítísimos, ha podido emitir la crítica antes de que la muerte pusiera término á su producción.

Su especialidad son los retratos, singularmente femeninos, que pinta de un modo maravilloso; pero también ha conseguido grandes triunfos como pintor de género y como pintor decorativo, siendo de esto último elocuente prueba las hermosas pinturas murales que adornan la Biblioteca de Boston, y entre las que sobresale una Crucifixión, tratada con verdadera originalidad y de una belleza superior á todo encomio.

Sargent tiene un don de percepción extraordinario, pero no se limita únicamente á reproducir lo que por tan admirable modo percibe, sino que, como todos los grandes artistas, sabe hacer pasar la impresión recibida por el crisol de su



Grupo de retratos, pintado por Juan S. Sargent. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín. 1909).

esta página. Juan S. Sargent figura actualmente en uno de los puestos culminantes del arte pictórico | tenido que luchar durante largo tiempo, no sólo contra la llamada opinión pública, sino también contra | temperamento, logrando de esta suerte brillar con estilo propio en el mundo del arte.—P.

NUEVA YORK.—FIESTAS DEL ANIVERSARIO
DE HUDSON—FULTON



deses, nació en Little Britain (Pensilvania) en 1765. Huérfano de padre á los tres años, dedicóse en sus mocedades á la joyería y á la pintura, cultivando ésta con tanto éxito, que pintando paisajes y retratos ganó lo suficiente para comprar una pequeña quinta que cedió á su madre. A la edad de veintidós años

Enrique Hudson, el famoso navegante que en 1609 descubrió la bahía y el río que llevan su nombre.

Roberto Fulton, constructor del primer buque de vapor, cuyos ensayos se efectuaron en 1807 en el río Hudson.

La gran metrópoli americana ha celebrado magníficas fiestas para honrar la memoria de dos grandes hombres, Enrique Hudson y Roberto Fulton, inglés el primero, norteamericano el segundo, pero unidos ambos en el recuerdo del pueblo yanqui por la realización de hechos de trascendencia suma para su historia.

Enrique Hudson, nacido á mediados del siglo XVI, era conocido ya como experto marino cuando recibió de varios comerciantes ingleses el encargo de dirigir el mando de un buque para buscar un paso que abreviase el camino de Europa á las Indias orientales. Partió de Gravesend en 1.º de mayo de 1607, y después de haber recorrido la costa oriental de Groenlandia y llegado á los 82º de latitud Norte, vióse detenido por los hielos y hubo de regresar á la Gran Bretaña. De allí partió de nuevo el 15 de abril del año siguiente, trató de pasar entre el Spitzberg y Nueva Zembla, y dirigiéndose hacia el Noroeste, lo avanzado de la estación obligó á volver á Europa.

En vista de que la compañía inglesa se negaba á costearle más viajes, Hudson aceptó los ofrecimientos de unos comerciantes holandeses, y en 1609 partió de Texel, en el buque *Half-Moon* (Media Luna), en busca de un paso por el Nordeste ó Noroeste, dobló el cabo Norte, costó la parte septentrional de Nueva Zembla, hasta que, obligado por el frío, hubo de trasladarse á la costa americana, en la que desembarcó en 18 de julio de aquel año, descubriendo poco después la bahía y el río que llevan su nombre y que remontó en canoa, en una extensión de cincuenta leguas aproximadamente.

Hudson cedió su derecho de descubrimiento á los holandeses, quienes fundaron la colonia que primeramente se llamó Nueva Bélgica y después Nueva York, y puesto otra vez en relación con la antigua compañía inglesa, emprendió un tercer viaje al Norte, del que no regresó, pues la tripulación insubordinada de su buque, al salir de la bahía de San Miguel para volver á Inglaterra, en 1611, los dejó á él, á su hijo y á los marineros que le eran leales abandonados en una chalupa. Aunque se ignora lo que fué de ellos, supónese que perecerían de hambre ó degollados por los salvajes, habiendo sido infructuosas cuantas tentativas hizo la compañía para lograr noticias de su suerte.

Roberto Fulton, hijo de padres emigrados holan-

se trasladó á Londres, en donde recibió lecciones del pintor West, hasta que convencido de que su verdadera vocación no era el arte, se consagró exclusivamente á la mecánica. Enumerar todos sus trabajos y sus descubrimientos en esta nueva esfera de su actividad, sería trabajo excesivamente prolijo y además impropio del objeto que en este artículo nos proponemos; baste decir que en 1796 efectuó en el Sena la experiencia de un aparato explosivo submarino al que dió el nombre de torpedo; que poco después imaginó su *nautilus* ó buque submarino, del

acorazados franceses; *Prinzess Luise*, acorazado; *Bertha*, *Dresden* y *Bremen*, cruceros alemanes; *Inflexible*, *Argyle*, *Drake* y *Duke of Edimburg*, acorazados ingleses, y una división de la escuadra americana del Atlántico, compuesta de 23 unidades. Por delante de aquellas formidables máquinas de guerra desfilaron una reproducción del *Half Moon*, el barco en que Hudson cruzó el Atlántico y descubrió la bahía de su nombre, y otra del *Clermont*, el primer buque de vapor inventado por Fulton.

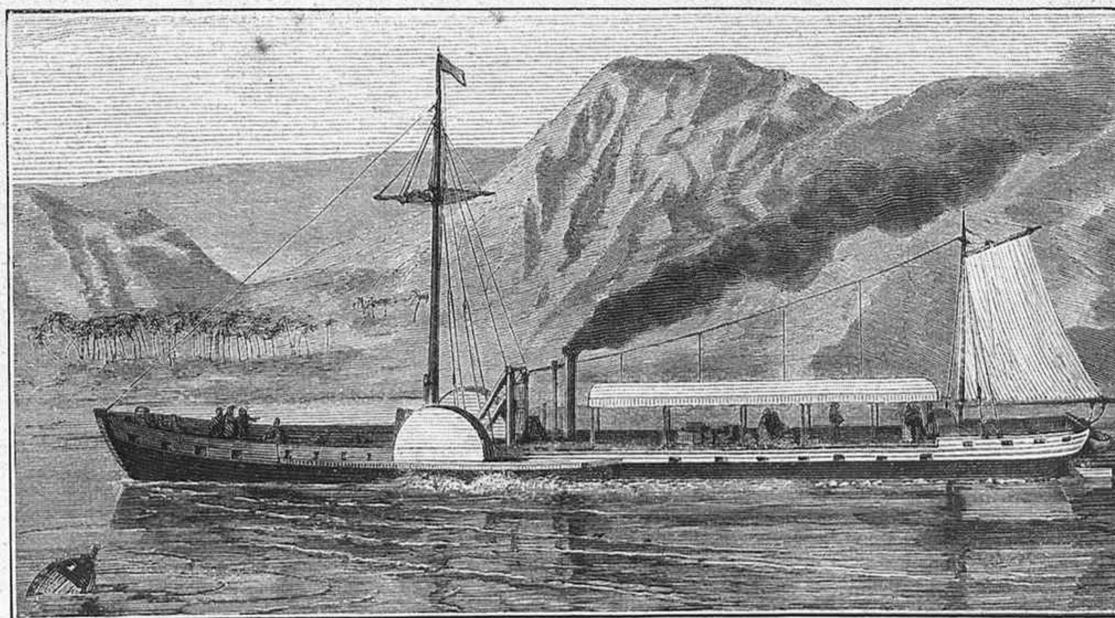
El espectáculo que en aquellos momentos ofreció el río fué imponente é indescriptible: las baterías de los buques dispararon incesantes salvas al paso del *Half Moon* y del *Clermont*, mientras millones de espectadores en ambas orillas ó tripulando millares de embarcaciones prorumpían en aclamaciones estruendosas.

Por la noche, todos los buques, así de guerra como mercantes, anclados en el Hudson aparecieron espléndidamente iluminados, lo mismo que todos los edificios de las orillas é innumerables casas y calles enteras del interior de la ciudad, que parecía envuelta en colosal incendio, mientras llenaban los aires inmensos ramilletes de fuegos artificiales.

Otro de los festejos ha sido una magnífica cabalgata histórica, formada por numerosos carros representando las más memorables escenas de la historia de los Estados Unidos y en la que figuraban infinidad de corporaciones y nutridas representaciones de universidades.—T.



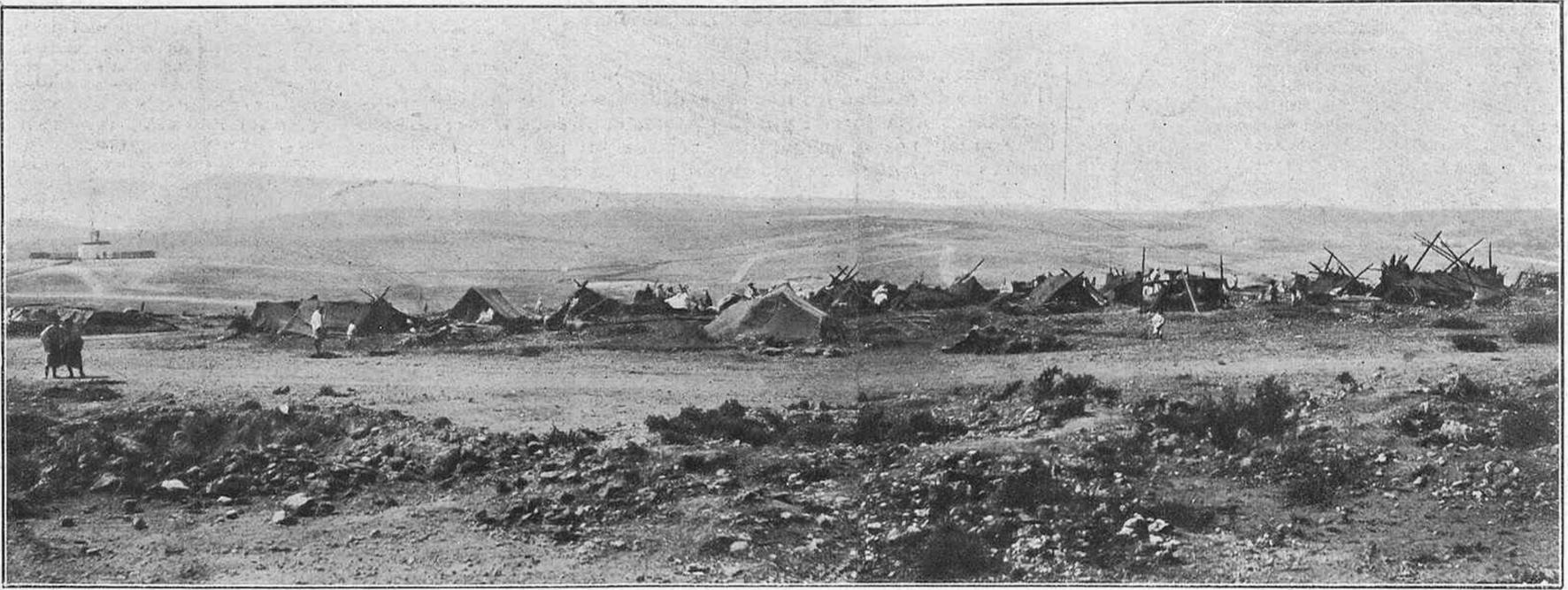
Reproducción del buque *Half-Moon*, en que navegaba Hudson cuando descubrió la bahía y el río de su nombre. Ha sido construída en Amsterdam y regalada á los Estados Unidos con motivo de las fiestas del aniversario Hudson - Fulton.



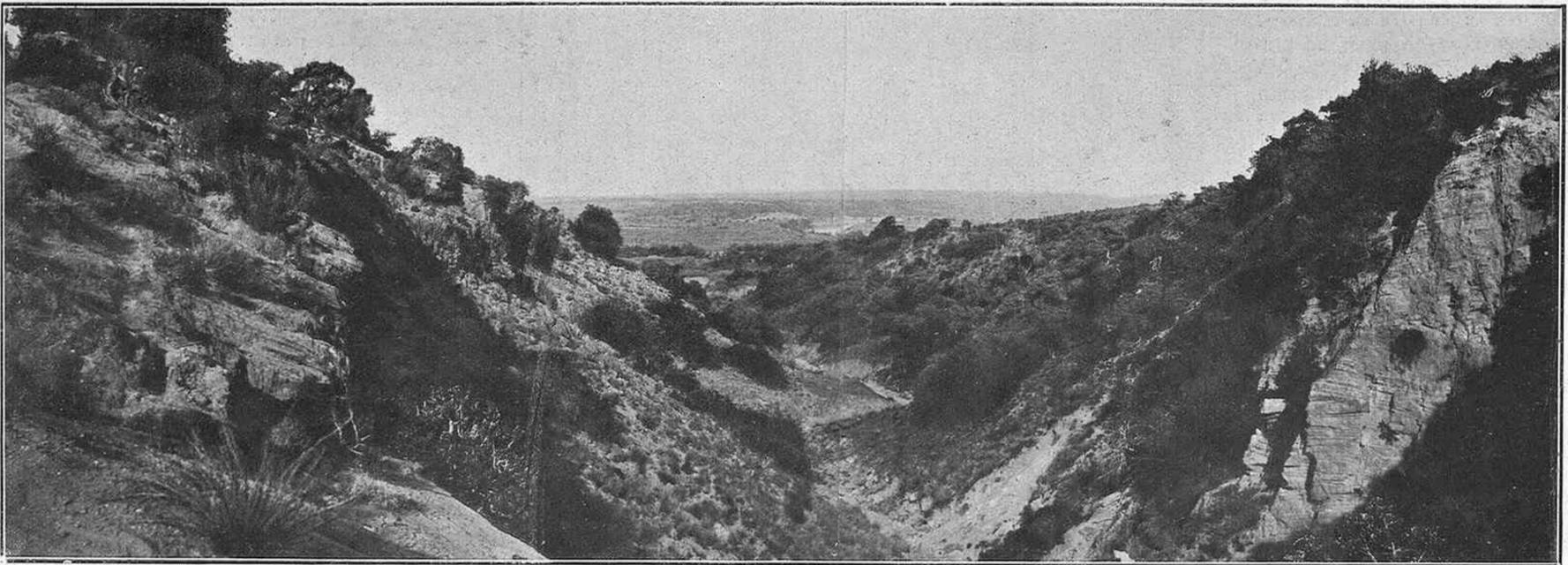
El *Clermont*, primer buque de vapor construído en 1807 por Roberto Fulton

que hizo satisfactorias pruebas en el Havre, y que, de regreso en los Estados Unidos, á consecuencia de los desengaños sufridos en Europa, lanzó en 1807 al agua, en el río Hudson, el primer barco de vapor,

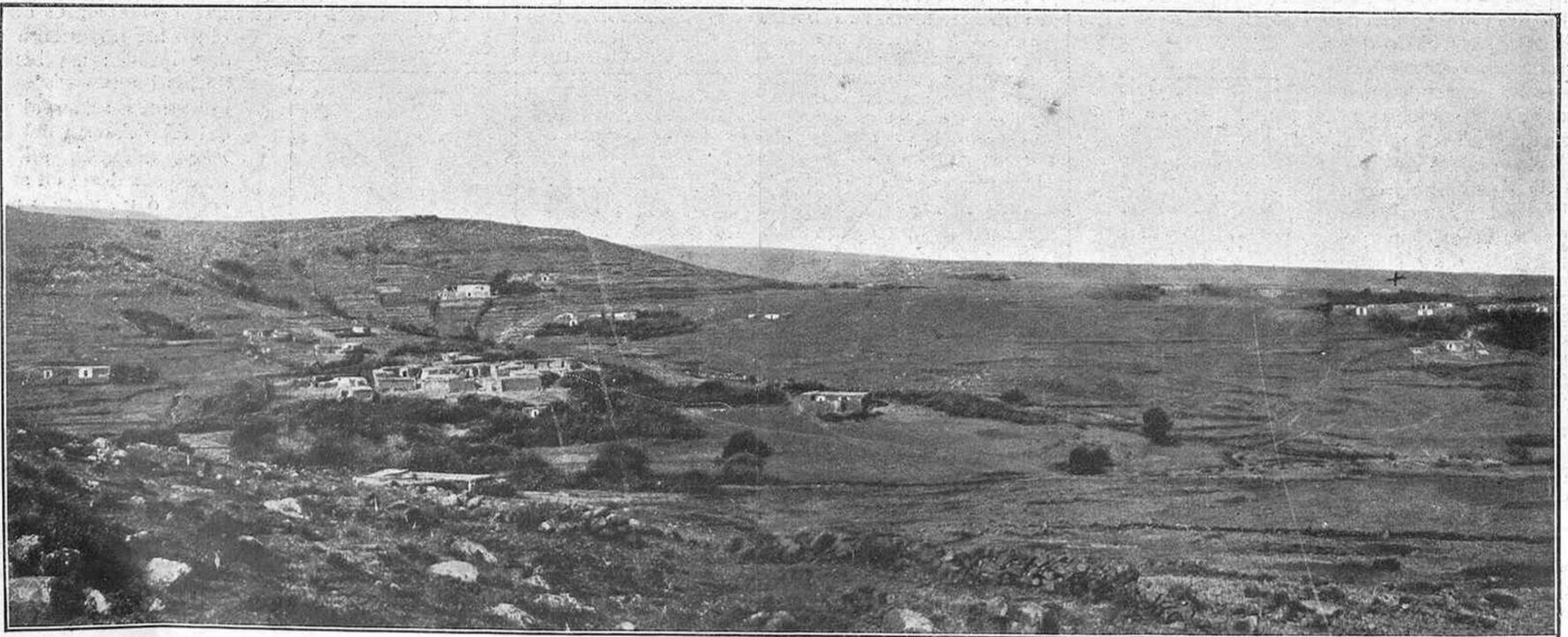
LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías del capitán Lorduy.)



Campamento de moros refugiados en Melilla

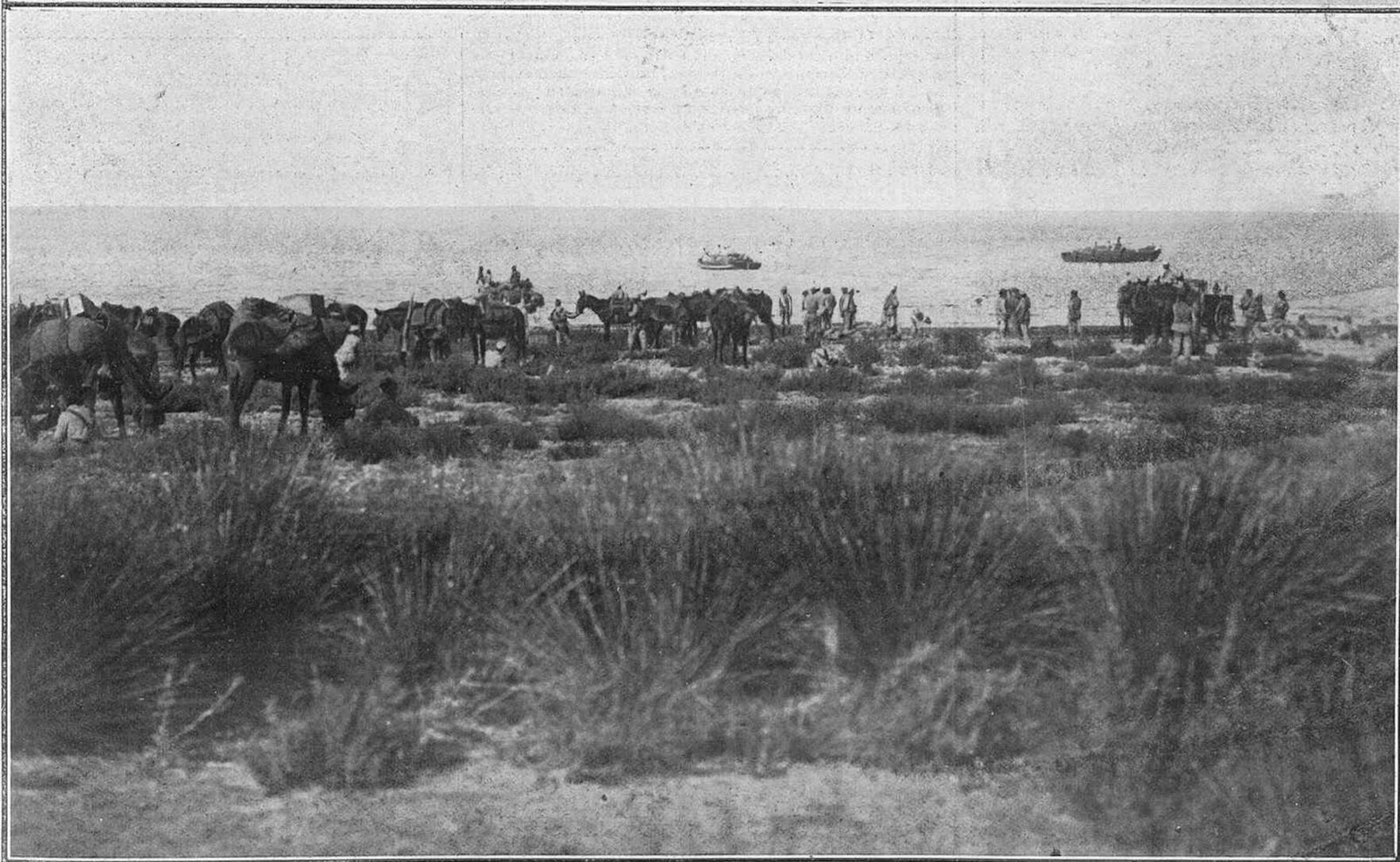


Barranco de Yebara y al fondo el valle del Muluya



Poblado de Mezquita tomado por nuestras tropas. El edificio que se ve á la derecha marcado con una x es la casa de Chaldi uno de los principales jefes de los rifeños rebeldes

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Reconocimiento ofensivo practicado por la división Orozco en los alrededores de Zeluán el día 30 de septiembre último. En aquella jornada murió el general Díez Vicario.—Incendio de Nador por las tropas españolas.—Avance de la división Orozco sobre Nador.—Aprovisionamiento de Nador y Zeluán por Mar Chica.

BERNA - MONUMENTO A LA UNIÓN POSTAL UNIVERSAL

(Véase el grabado de la página 681.)

Uno de los acuerdos del Congreso de la Unión Postal Universal reunido en Berna en 1903 fué el de conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la constitución de aquella con la erección de un monumento. El gobierno federal helvético reunió los fondos necesarios, recurriendo para ello á todos los países que de la Unión forman parte, y abrió un concurso internacional, en el que se presentaron ciento veintisiete proyectos. Un jurado compuesto de eminentes artistas de distintas naciones otorgó el premio al escultor francés Saint-Marceaux, quien quedó encargado de la ejecución definitiva de la obra, en la que supo dar forma de un modo tan elegante como grandioso á la idea que con ella debía conmemorarse. Alrededor del globo terráqueo que flota entre nubes, las cinco partes del mundo, personificadas por otras tantas figuras femeninas, se pasan de mano en mano varias cartas, abrazando en actitudes graciosas toda la esfera; á un lado, la ciudad de Berna, en donde se constituyó la Unión y en donde reside la oficina internacional de la misma, está representada por una arrogante matrona sentada entre rocas. El monumento es de bronce y granito; sus pormenores son perfectos y presentan una variedad encantadora; el conjunto es de una grandiosidad y de una armonía admirables.

La inauguración oficial se efectuó el día 4 de los corrientes. A las diez y media de la mañana reuniéronse en el Palacio Federal los representantes y delegados de todas las naciones del universo, y después de dos discursos pronunciados por el Sr. Forrer, consejero federal y director del departamento de Correos y Telégrafos de la Confederación helvética, y por el decano de los delegados extranjeros, el cortejo oficial dirigióse al sitio en donde el monumento se levanta.

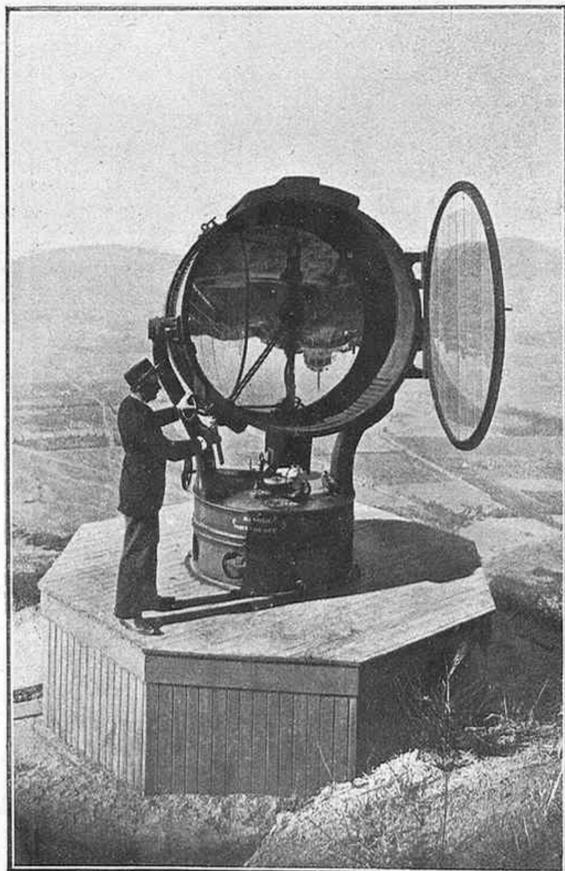
Allí el delegado de Alemania hizo entrega del monumento, y después de él usaron de la palabra el citado Sr. Forrer y el director de la oficina internacional Sr. Ruffy, quienes dedicaron entusiastas elogios á la obra de Saint-Marceaux.

Terminado el acto, celebróse un banquete de ciento treinta cubiertos, que presidió el Sr. Deucher, presidente de la Confederación, y en el que pronunciaron elocuentes brindis, además de éste, el ministro francés Sr. Millerand, y el conde de Aulnay, embajador de Francia, todos ellos en honor de la amistad internacional, que la Unión postal afirma y fortalece, y en honor también de Saint-Marceaux, quien contestó dando las gracias á todos en términos emocionadísimos.

EL PROYECTOR MÁS GRANDE DEL MUNDO

Este aparato, construído por Mr. Lowe en California, elevase á 3 000 pies de altura sobre el nivel del mar y su potencia lumínica es tal, que permite distinguir los objetos á una distancia de 150 millas y leer fácilmente á una distancia de 36.

La luz que este proyector despidió tiene una intensidad de tres millones de bujías; la altura total del aparato es de once pies y su peso de 6.000 libras.



El proyector más grande del mundo
(De fotografía de Carlos Delius.)

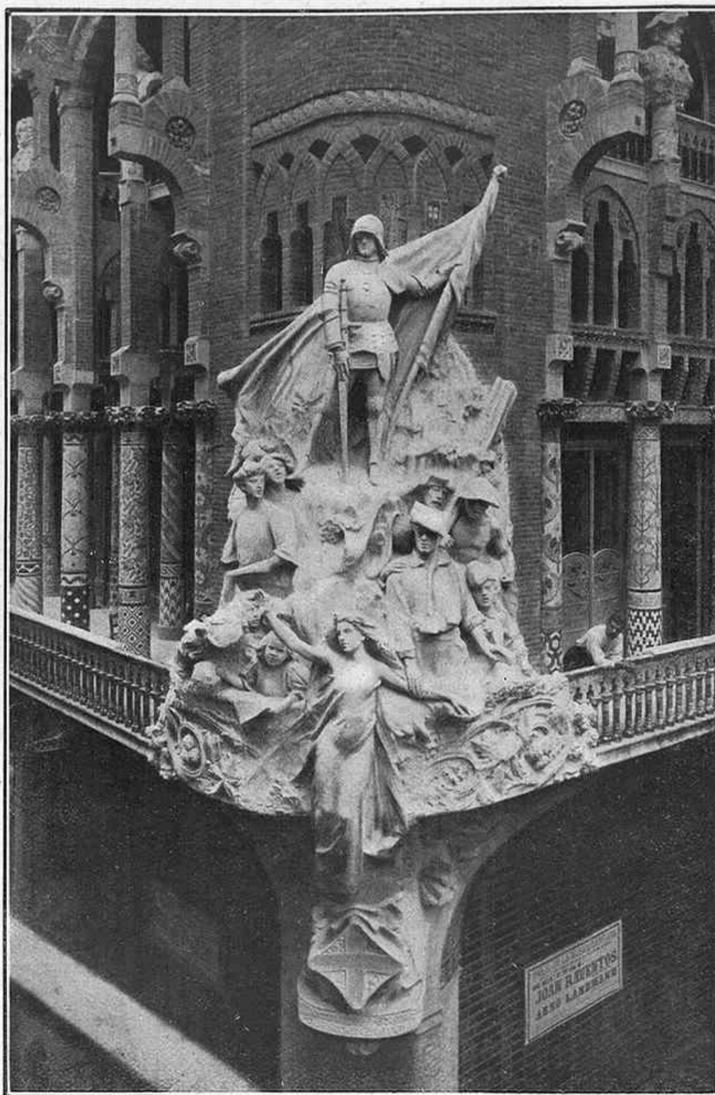
GRUPO ESCULTÓRICO DE MIGUEL BLAY

El hermoso edificio que con el nombre de Palacio de la Música Catalana es uno de los mejores ornamentos arquitectónicos de nuestra ciudad, se ha embellecido recientemente con una nueva joya artística de valía extraordinaria. Nos referimos á la hermosa obra escultórica que hace poco se ha colocado en el ángulo de sus dos fachadas y que es debida al cincel del ilustre Miguel Blay.

Este solo nombre excusa toda alabanza, como la excusa también la contemplación de la escultura que adjunta publicamos; hay en su pormenores tanta perfección y en su conjunto tanta armonía, que forzosamente se impone por sí sola su be-

lleza, sin que haya necesidad de señalar en qué esta belleza consiste.

El grupo de Miguel Blay ha sido costeado por el Excelentí-



Barcelona.—Grupo escultórico, de Miguel Blay, recientemente colocado en la fachada del Palacio de la Música Catalana. Regalo hecho al Orfeo Catalá por el Excmo. Sr. D. Joaquín de Cárcer, marqués de Castellvell. (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

simo Sr. D. Joaquín de Cárcer y de Amat, marqués de Castellvell, quien al hacer donación del mismo al Orfeo Catalá para mayor embellecimiento de su casa, ha demostrado su gran amor á una institución que tanto honra á Barcelona y un desprendimiento digno de imitación y de las más calurosas alabanzas.

LA CAMPAÑA DE MELILLA

(Véanse los grabados de las páginas 688 y 689)

Desde nuestra última reseña no ha habido hecho alguno de armas, pues no cabe calificar de tales ni los tiroteos diarios de Alhucemas y del Peñón, ni los frecuentes disparos sueltos de que son objeto nuestras tropas en algunos campamentos, ni la sorpresa de que, por un exceso de confianza, fueron víctimas el día 12 doce soldados de los que guarnecen Sidi-Almet-El-Hachs. Iban éstos á buscar agua á un pozo cercano, cuando de un macizo de chumberas salió un numeroso grupo de moros que les hizo varias descargas á corta distancia, matando á ocho é hiriendo á los otros cuatro. Uno de los heridos pudo llegar arrastrándose hasta cerca del campamento, y al oír sus gritos salieron algunas fuerzas en persecución de los agresores, á quienes no pudieron castigar porque, apenas realizada la emboscada, habían huído precipitadamente.

Este período de calma ha sido aprovechado para fortificar las últimas posiciones conquistadas, especialmente la alcazaba de Zeluán y las lomas del Gurugú.

También ha sido aprovechado para activar los trabajos de los ferrocarriles mineros francés y español, trabajos que se han reanudado en este último en el mismo sitio en donde hubieron de ser suspendidos el 9 de julio á consecuencia de la agresión de los rifeños, causa de la actual campaña. En estas obras están empleados, además de los obreros españoles, muchos moros, siendo cada día mayor el número de éstos que se presentan á los contratistas en demanda de ocupación.

Con motivo de esta calma se ha echado á volar por algunos la especie de que la campaña está virtualmente terminada; y aunque en el fondo pueda esto ser cierto, pues, á lo que parece, el principal objetivo se ha logrado, ello no quiere decir que hayan concluído del todo las operaciones, ya que, aparte del esfuerzo que exijan las posibles agresiones de un enemigo obstinado é irritado por los descalabros sufridos, es muy probable que para garantizar la seguridad total de las posiciones conquistadas, cuya ocupación se estima necesaria para el cumplimiento de la misión de nuestro ejército en el Rif, sea preciso ocupar otras nuevas, lo que seguramente no se conseguirá sin algunos sacrificios. Tanto es así, que cuando escribimos estas notas se dice que de un momento á otro se realizará una operación, que será complemento de la iniciada el día 30 de septiembre último en Beni-Buifur, y consistirá en el avance de la división Sotomayor por Benisicar, de la división Tovar por Zeluán y de la división Orozco por Nador, á fin de imponer un duro escarmiento á la *jarka* si acepta el combate, obligándola de todos modos á evacuar sus posiciones del monte Uic-

sán, el zoco de El-Jemis y las minas de Beni-Buifur. De realizarse este plan, podría darse por enteramente asegurada la posesión de un territorio en una extensa línea de más de cien kilómetros.

Las noticias que de la *jarka* se tienen son contradictorias, y otra cosa no puede ser tratándose de informaciones dadas por confidentes que difícilmente pueden conocer con exactitud la situación de aquella; de aquí que los corresponsales que se hallan en el teatro de la campaña, unas veces nos la describan como quebrantada y con deseos de paz por parte de algunos jefes prestigiosos, y otras nos digan que recibe refuerzos de las cabilas del interior, se fortifica en sus posiciones y se apercibe á oponer tenaz resistencia al avance de los nuestros.

En medio de las penalidades naturales de la campaña, ha sido una nota alegre y simpática la presencia en Melilla de una comisión del Ayuntamiento de Zaragoza, compuesta del alcalde Sr. Iranzo y varios concejales, que ha ido allí á distribuir entre los soldados aragoneses los espléndidos donativos que les enviaban sus paisanos. Los comisionados han visitado los distintos campamentos, en todos los cuales se ha celebrado con regocijo y entusiasmo la fiesta de la Virgen del Pilar. — R.

Espectáculos. — BARCELONA. —

Han comenzado la temporada de otoño los teatros Principal y Romea, ambos con compañías de declamación catalana. En el primero, después de cinco representaciones extraordinarias del eminente Enrique Borrás, que representó *Mar y cel* y *Terra baixa*, de Guimerá; *Els vell's*, de Iglesias, y *El místich*, de Rusiñol, se ha estrenado con excelente éxito *La princesa llunyana*, poema en cuatro actos de Edmundo Rostand, admirablemente traducido por Luis Via. En Romea se han estrenado con aplauso: *Els sense cor*, farsa en tres actos de Apeles Mestres; *Menjar de franch*, comedia en un acto de Tristán Bernard, traducida por José Carner; *L'enigma*, drama en dos actos de Pablo Hervieu, traducido por D. y V. Corominas, y *Les germanetes*, comedia en un acto de José Burgas.

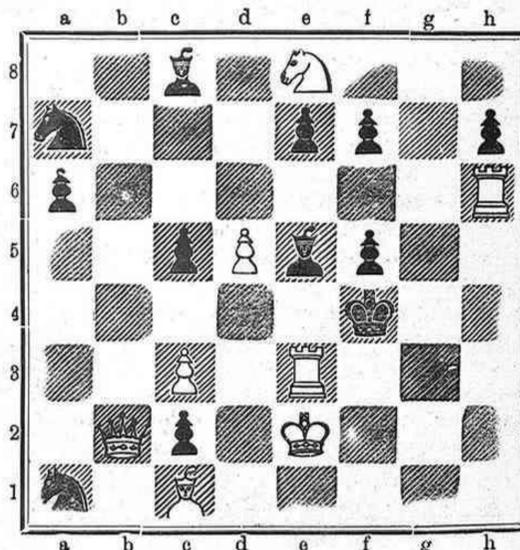
Además se han estrenado en el teatro de la Granvía *El método Corvitz*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de Carlos Arniches y Enrique García Alvarez, música del maestro Lleó, y *¡Viva la libertad!*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayzoz, música del maestro Alvarez del Castillo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 530, POR V. MARÍN

Premiado en el Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1907.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 529, POR V. MARÍN

- | | |
|----------------------|-------------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Tb5-a5 | 1. Td1-d3 |
| 2. Ca3-b5 | 2. Cd5xe7 jaque ú otra. |
| 3. Cb5-d4 ó d6 mate. | |
| 2. Ae2-b5 | 1. b4xa3 |
| 3. Ab5-d7 mate. | 2. Cd5xe7 jaque ú otra. |

VARIANTES.

- 1..... Aa2-c4; 2. Ca3xc4, etc.
Otra jug.ª; 2. Ca3-b5 ó Ae2-b5, etc.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



Pedro se revolcó en el polvo de las yemas caídas

—¡Son como los dedos de la mano!, murmuró; hédelos camaradas..., lo demás vendrá pronto.

En el acto anunció por el pueblo la buena nueva de que los Guibray y los Faulque «estaban á partir un piñón;» y la gente lista predijo un matrimonio. Todo el mundo charló de lo lindo.

En cuanto á Clemente Faulque, no sin malicia, anunció á Bertilla la próxima visita del barón de Guibray. La joven quedó desde luego estupefacta, y emocionada después.

—¿Cómo ha sido eso?, preguntó vivamente. ¡Ah! ¿Le has encontrado por casualidad? ¿En el puente del arroyo? En efecto, no había medio de evitarse... ¿Y entonces te habló?... ¿y va á venir... aquí?

—Y va á venir aquí, mañana, á las tres. ¿Estás?... Ya ves que el ogro no es tan espantoso como tú crees... En todo caso, es un cumplido caballero...

—¿Y del pasado?..

—¿Cómo, del pasado?..

—¿De nuestras comunes historias?

—Del pasado, ni una palabra... ¿Nuestras comunes historias? Parece reirse profundamente de ellas. Juzga quizá que al cabo de cien años, hay prescripción..., y yo soy de su parecer.

Entonces Bertilla, semiseria, semicómica, exclamó bruscamente:

—¡Cuidado, papá! ¡Tú también te pasas al enemigo; haces traición!..

—¡Ah! Déjame tranquilo, contestó Faulque encojiéndose de hombros... ¡Esas cosas son buenas para el teatro!

La joven no insistió; otra vez sus convicciones vacilaban; otra vez era presa de dudas, luchando entre dos sentimientos opuestos, igualmente violentos, é ignoraba cuál vencería. La noche siguiente durmió mal.

Llegó el nuevo día, y poco antes de las tres de la tarde Faulque esperaba á Guibray; desde muy de mañana había inspeccionado las cuerdas, el guardanés, el jardín, los invernáculos...

Bertilla había recorrido los salones, asegurándose del buen orden general.

Tratábase de mostrar el castillo nuevo en toda su gloria y toda su opulencia. Era indispensable que el efecto fuese triunfal, que la visita guardase una impresión duradera. Esta vez también hablaba el orgullo ante todo otro sentimiento.

Los señores de la casa, en el momento indicado, tuvieron una gran sorpresa, verdaderamente agradable. Vieron venir por la carretera, no sólo al barón anunciado por sí mismo, sino que también á la baronesa, á su lado. «¡Ella también!»

Faulque miró á su hija.

—Muchacha, la señora de Guibray viene con su marido... Esto no estaba previsto... Es el colmo de la amabilidad. Ya ves que todo se arregla... ¡Vamos, vamos, tanto mejor! Me alegro infinito... por todo el mundo.

Bertilla aún dudaba.

—No te apresures tanto, papá, en tus conjeturas... Es posible que la baronesa sólo acompañe al señor de Guibray hasta nuestra puerta, y continúe su paseo; nada prueba que deba acompañarlo hasta aquí.

—¡Dudosa sempiterna!, replicó Faulque; atribuyes tus recelosos escrúpulos á los demás; tiene el espíritu más amplio y más abierto que tú... Te digo que viene, y mira, ahí tienes la prueba..., se detienen á la verja los dos; entran los dos...

Era verdad.

Esta vez la muchacha fué presa de emoción; aquella visita la encantaba; pero como tenía el don de sacar una amargura de cada circunstancia feliz, pensó en seguida:

—Entonces, ¿por qué Pedro no ha venido también?

Por la baronesa de Guibray, Faulque, izando papellón, bajó la escalinata del vestíbulo y fué al encuentro de sus visitas, en medio de la avenida; ya conquistada, Bertilla le siguió.

Las presentaciones fueron hechas ante dos bosquecillos de rosales floridos. De una y otra parte hubo derroche de amabilidad y cortesía.

Risueña, Valeria decía:

—Sr. Faulque, deseaba conocer á usted, y aquí me tiene... ¿Quizá no es muy correcto; pero entre vecinos del campo, no se gastan cumplidos?

Faulque balbuceó, contento y algo confuso:

—Pero señora, naturalmente..., nos honra usted en gran manera... Y le quedo sumamente agradecido... Es una gran satisfacción.

Guibray, afable como siempre, protestaba:

—Es muy natural, un poco contra la etiqueta quizá; pero lo que dice mi mujer: ¡en el campo!..

Bertilla, seria, aún se reservaba. En tres frases,

Valeria se apoderó de ella... Quería juzgar á aquella criatura.

Echando una mirada circular con sus ojos admirables, luminosos de bondad, dijo:

—Señorita, tiene usted el marco que cuadra con su juventud y su belleza. Esto es magnífico. La vida debe ser aquí muy dulce, y comprendo que no se abandone esta residencia por ninguna otra... Permita usted que la felicite.

Bertilla se inclinó. A pesar de sus recelos, la noble muchacha era incapaz de sostener mucho tiempo una actitud voluntariamente hostil. La primera buena palabra iba en derechura al fondo de su corazón; no sabía defenderse de las seducciones rápidas. Y la señora de Guibray era una hechicera experta y temible.

Inclinóse, pues, y se sonrió abiertamente, y su sonrisa, al descubrir sus dientes hermosísimos é iluminar su rostro, puso de relieve su juvenil belleza.

Valeria pensó.

—Pedro no tiene mal gusto.

Ella también se sentía cautivada, estimaba fácil su tarea de conciliadora, ante el aspecto tentador de aquella altiva enemiga que tenía que subyugar para dicha de todos.

Exaltóse en su nueva misión, se excedió en su atrayente benevolencia habitual. La táctica le interesó.

Dejando atrás á los dos hombres, Valeria y Bertilla echaron á andar á lo largo de los céspedes. En todo el rededor había profusión de flores; el viento tibio pasaba cargado de perfumes. En tan hermoso cuadro, las ideas debían ser serenas.

La baronesa interrogaba ya á la joven sobre el país, sobre sus costumbres, sobre el género de vida que en él se podía llevar.

—¡Oh!, replicó Bertilla, sin gran entusiasmo, es bastante monótona; á menudo los días son interminables, y tan parecidos el uno al otro!.. Aquí puede una escuchar sus pensamientos.

Después de pronunciar estas palabras, calló bruscamente, por temor de ser demasiado bien comprendida, de haber revelado inconscientemente la mitad de su secreto.

Valeria no había perdido una palabra, pero no demostró nada de sus cálculos íntimos, y contestó:

—¿París no la tentó á usted nunca? ¡Está tan cerca... y tan lejos!..

La señorita Faulque sacudió la cabeza:

—No, París no me tienta... Desde luego, mi padre tiene necesidad de residir aquí á causa de sus negocios, de sus vastos negocios, de sus vastas empresas..., y además, señora, no hace mucho tiempo que he salido de la infancia, y aún no tengo la costumbre de tener una voluntad!

Al decir esto reía; y esta espontánea confesión de juventud ingenua encantó á la baronesa.

—Es verdad, dijo, aún no tiene usted veinte años.

—Cumpliré diecinueve en la época de las ciruelas, como dicen nuestros campesinos.

—Diecinueve..., suspiró Valeria; sí, á esa edad, una es feliz á solas y sin saber por qué... ¡Además, París es feo, absurdo, malsano para el cuerpo y para el alma!..

Pronunciaba estas palabras con cólera; era París el que había estado á punto de matar á su hijo...

Bertilla replicó, agotando la materia:

—Aquí, después de todo, no faltan ocupaciones: el gobierno de la casa, puesto que no tengo madre, los grandes paseos, á pie, en coche, en barca. ¡Oh! Estoy enamorada de mi río; es mi amigo; mecióme siendo yo niña... En fin, hay el pueblo y los pobres. La baronesa aprobó. En ese terreno, fatalmente tenían que entenderse:

—Sí, con la caridad, los días pasan pronto y las noches son buenas. Usted debe conocer eso mejor que nadie: la satisfacción de haber practicado el bien, de haber salvado otros seres... Sólo á causa de eso la riqueza es hermosa. El que no da, roba á los miserables...

—Nosotros damos á manos llenas, murmuró Bertilla; papá dice que es un deber.

—Estamos de acuerdo, hija mía, repuso la baronesa con su voz profunda; son ustedes excelentes.

La descendiente de los Faulque recibió este cumplimiento con gratitud; en la boca que lo pronunciaba adquiría una extraña gravedad.

Tuvo, en una exhalación, la impresión de que se había echado un puente sobre el abismo ¿Dónde estaba ahora el odio?

Su conversación continuaba á la puerta de las caballerizas; Gilberto y Clemente, que habían entrado en ellas, examinaban los caballos; oyéronse de lejos las palmadas sonoras aplicadas en las grupas para hacer volver la cabeza al animal y las aprobaciones del barón ó sus opiniones juiciosas.

Estaba en su centro, pues había manejado caballos desde su infancia y seguía siendo un perfecto jinete.

—A mí también me gustan los caballos, dijo la baronesa; vamos á verlos.

Y recogiendo el vestido con un movimiento brusco y todavía juvenil, penetró á su vez en las cuadras.

La conversación se hizo general.

Faulque no cabía en sí de satisfacción. El barón estaba encantado de todo lo que veía, y aprobaba plenamente, lo mismo las bestias que su instalación.

En efecto, la instalación era regia; un mosaico cubría el suelo en toda su extensión; los tabiques eran de caoba clara, encerada, limpia y reluciente; los aceros y los cobres brillaban á un reflejo de sol; los techos, muy altos, formaban bóvedas pintadas de gris pálido, realzadas por franjas de color castaño; vastas ventanas prodigaban la luz, y veinte caballos de raza, sobre pajazas frescas, comían con un ligero ruido de deglución.

Valeria los acarició. Entraba resueltamente en los compartimientos, previniendo á las bestias con gritos á propósito; alisaba sus crines, y los caballos, tranquilos, resoplaban con aire de amistad.

Decididamente poseía el don de seducción general; bestias y personas venían á ella, atraídas por su encanto y sus ademanes armoniosos.

Clemente Faulque se enternecía cada vez más.

Bertilla abrió enteramente su corazón á las esperanzas de concordia, á los ensueños que parecían cada vez más realizables. Pensaba también que, aparte el amor de Pedro, sería muy grato para ella encontrar una segunda madre en aquella mujer encantadora y exquisita, que seguía siendo joven de corazón á pesar de los años.

En los invernaderos, bajo los techos de cristales, en la pesada atmósfera recargada de perfumes, ante la multiplicidad de las especies, la profusión brillante de las flores, en gamas policromas, de las plantas graduadas, ora de aspectos benignos, ora de terribles aspectos; ante el misterio eterno de las flores tropicales, desconcertadoras con sus torsiones fantásticas, con sus cálices sexuales, los visitantes manifestaron con exclamaciones sinceras su admiración y su deleite.

Y como antes habían hecho palafreneros y cocheros en las cuadras, el jardinero y sus auxiliares, hen-

chidos de orgullo, rojos de contento, recogían encantados aquellos elogios proferidos por personas importantes, y doblemente preciosos en presencia de los amos.

Clemente Faulque, esforzándose en guardar actitudes modestas, triunfaba sin embargo. Tenía cariño á su casa, estaba orgulloso de ella y le era grato verla apreciada.

Luego entraron en los salones del primer piso; por las ventanas abiertas, la vista era espléndida, menos hermosa, sin embargo, que desde las alturas del viejo castillo, de donde la mirada abarcaba un horizonte más vasto.

A pesar de esta comparación, Valeria y Gilberto se extasiaron otra vez. El sitio era verdaderamente delicioso.

De una rápida ojeada inspeccionaron el mobiliario: absolutamente moderno, era rico, sin mayor interés. En esto también la ventaja estaba de parte del castillo viejo, lleno de muebles raros, de épocas bien determinadas y hábilmente restaurados. Pero ni el barón ni la baronesa dijeron una palabra de aquella impresión íntima.

Continuaban prodigando sus cumplimientos y sus felicitaciones de un modo ditirámico.

Y otra vez, por afinidades naturales, Gilberto y Clemente, aislados en el hueco de una ventana, hablaban entre sí de cosas prácticas, mientras Valeria y Bertilla, sentadas atrás, hablaban á su manera.

Los hombres discutían sobre agricultura, corta de bosque, regadío, ganadería, asombrados de verse tan acordes sobre los puntos principales; después de hablar de la tierra misma, vinieron á hablar de los hombres, de sus costumbres, de sus necesidades, del espíritu del país, punto de partida inicial de las ideas políticas.

Entonces hubo algunas restricciones; cada uno esperaba al otro, no queriendo comprometerse por temor de desagradar.

Pero con gran sorpresa de Faulque, el barón, poco á poco, fué emitiendo ideas de tal amplitud, que adquirirían color republicano.

En seguida Faulque se entregó, sin ocultar ya sus convicciones ni sus preferencias. Gilberto le dejaba hablar, aprobando, como siempre, con un movimiento de cabeza repetido.

Estudiaba al personaje que tenía en su presencia, y se atrevió á preguntarle:

—¿Cómo es que, con su situación, con su autoridad en la comarca, con el número de electores de que puede disponer, no se le ha ocurrido presentarse para diputado?

Faulque se sonrió.

—¡Tengo tantos intereses, más importantes para mí!.. Y además, no tengo ninguna ambición política.

—¡Ah, ah!.. ¡Es extraño..., muy extraño!..

—Sin embargo, continuó Clemente, si no he pensado en ello yo mismo, han pensado otros por mí. No le ocultaré á usted que me solicitan por diferentes lados. Me aconsejan que me presente en las elecciones próximas, no sé si usted lo sabe; el pues to va á estar vacante; nuestro diputado, muy viejo ya, renuncia á su mandato. Yo no he contestado ni sí ni no; la verdad es que tengo pocas ganas de presentarme, aunque creo asegurada mi elección.

—¡Ah, ah!

—Como usted ha dicho, merced á mis operarios, á los canteros, á todos los campesinos que dependen más ó menos de mí en diez leguas á la redonda, cuento con gran número de votos, tanto más cuanto que —puedo decirlo sin vanidad— la mayoría me quiere, porque nunca cerré la mano cuando debí abrirla... Pero soy indolente; tengo ya bastantes ocupaciones con mis diversas empresas, y opino que, cuando se hace algo, hay que hacerlo exclusivamente, con todo el cuidado y con toda la actividad posibles... Tendría, pues, que dividirme, y así mis negocios como mi acción política se resentirían de ello... Así es que estoy indeciso y no sé por qué decidirme. En fin, aún tenemos un año por delante; tiempo tengo de pensarlo y de tomar una resolución.

—Ciertamente, ciertamente, aprobaba el barón un poco enfriado.

Faulque le resultaba menos simpático desde el momento que se erigía en rival suyo, y rival temible. Pero se rehízo pronto, apelando á sus altas cualidades diplomáticas, y nada dejó traslucir de aquella primera contrariedad.

Valeria y Bertilla, sin escuchar la grave conversación de los hombres, continuaban hablando de dulces frivolidades. Por esta parte, el acuerdo era perfecto.

Al despedirse el barón y la baronesa, Faulque y Bertilla los acompañaron ceremoniosamente hasta la verja del jardín. Delante de la puerta, un hombre de plantón saludó militarmente y presentó á Valeria un

enorme ramo de flores raras. La baronesa lo aceptó con su gracia habitual.

—Gracias, amigo. ¿Cómo se llama usted?

Y el otro, acentuado su actitud de soldado en revista, replicó simplemente:

—Brice, señora.

La baronesa tuvo un ligero estremecimiento que no pudo reprimir.

—¡Ah! ¡Brice!.., dijo ella.

Bertilla se puso colorada. El enunciado de este nombre, que figuraba en la dirección de los antiguos telegramas, era una revelación, si bien hacia tiempo que se había adivinado el secreto.

Pero Valeria, repuesta de aquel ligero choque, formulaba ya amables frases de despedida, con manifestaciones del deseo y la promesa de volverse á ver.

El barón de Guibray tendió la mano á Clemente Faulque, que se la estrechó vigorosamente.

—¡Y bien y bien, muchacha!, exclamó Faulque, al entrar en su casa, ¿qué me dices? Si los antiguos señores hubieran sido cortados sobre ese patrón, la revolución hubiera sido muy inútil!

—Sí, papá, confesó Bertilla, han estado perfectos.

Pero estaba furiosa contra sí misma por haberse puesto colorada cuando Brice se dió á conocer..., y de rechazo, también lo estaba un poquito contra la baronesa. Con sus ojos penetrantes de eterna desconfianza, había sorprendido el movimiento espontáneo, inconsciente, de su nueva amiga, al escuchar á Brice. Sentíase un poco mortificada.

De modo que, en el castillo nuevo, á pesar de las apariencias más serenas, las cordialidades y las cortesías prodigadas, no todo el mundo estaba absolutamente satisfecho.

Lo mismo sucedía con los habitantes de la Ruina; de dos, había uno que iba con una ligera nube en la frente. Desde aquel momento, Gilberto consideraba á Faulque como un competidor, y su ambición cada vez más viva se preocupaba ya por las luchas que preveía.

Entre aquellas dos familias, parecía imposible que se allanase el terreno y quedase libre para las buenas voluntades.

Pero el más irreconciliable era Pedro. Paradójico, complejo, desconfiado, ultranervioso, sensitivo en demasía, no era dueño de su juicio y se perdía sin cesar en la lucha contradictoria de sus apreciaciones; furioso de ese estado de ánimo, recriminaba á los demás, alimentando su amargura.

Todo le contrariaba, hasta lo que hubiera debido agradecerle. La acogida del pueblo, que de pronto le había hecho sonreír, después de reflexionar sobre ella no le parecía sino una manifestación legítima, natural, necesaria, un homenaje debido y demasiado tiempo retrasado.

La actitud de los Faulque tenía el don de irritarlo; ante su odio, les juzgaba demasiado vanidosos; ante su amor, no les estimaba bastante altivos.

Las cortesías del primer domingo en el atrio de la iglesia, le ponían aún nervioso sólo de recordarlas. Según él, todo el mundo había estado ridículo; lo mismo Bertilla que los demás. Hubiera preferido explosiones de cólera, explicable, á todos aquellos cumplimientos hipócritas.

Pero lo que le sublevaba sobre todo era la condescendencia de su padre y de su madre rebajándose á celebrar conciliábulos con los campesinos, procurando enterarse de su existencia, de sus descos, de sus necesidades.

Ni la misma caridad excusaba, según él, aquellas concesiones, aquellos primeros pasos hacia gente vulgar.

Echar una limosna de paso, enhorabuena; los ricos no tenían más remedio que hacerlo; pero entrar en los chiribitiles, en las casuchas, ¡qué exageración sentimental ó qué plan de campaña reprensible!

La conquista del país entero no valía aquella prodigalidad de beneficencia y de cortesía. Era la ambición de su padre la que causaba todo el mal. Aquel gran señor que, por obligación de cuna, hubiera debido permanecer altivamente encerrado en sus tierras, se mezclaba con el bajo pueblo para sus fines políticos, se dignaba escuchar á los imbéciles y discutir sus opiniones. ¿Discutirlas? Ni siquiera eso; admitirlas simplemente.

Y eso no bastaba todavía. El barón de Guibray se había adelantado á dirigir la palabra á Clemente Faulque, ganando su voluntad con frases conciliadoras, renegando del antiguo régimen... Lo que equivalía á renegar de sus ascendientes... Después de todo, éstos quizá habían hecho bien en oprimir al campesino, que no merecía otra cosa.

Pedro se volvía feudal.

Su exasperación aumentó el día en que Gilberto y Valeria fueron á visitar á los Faulque. ¡Ellos, los verdaderos señores, molestándose, los primeros, por

los otros! Eso ya pasaba de raya y daba el vértigo. ¿A quién engañaban?

Creía bien guardado el secreto de su amor, ahora problemático; por consiguiente, no podía creer que fuese por él, en interés de su amor, el obrar los suyos de aquel modo.

¿Qué otro objeto podía guiarles? Por una parte, la necesidad de agrandar; por otra, el deseo de lograr sus fines; dos móviles sospechosos, susceptibles de poca aprobación.

Al ver á sus padres camino del castillo nuevo—después de haberse negado rotundamente á acompañarlos,—partió, á su vez, en sentido opuesto.

Buscaba la sombra y la profundidad del bosque, la soledad, aquella soledad que, meses antes, temía como un sufrimiento.

Metióse bajo la bóveda de las ramas, como una fiera que busca una madriguera; casi corría; de pronto, la sofocación y sordas palpitaciones cardíacas le recordaron que aún no era más que un convaleciente.

Se echó al suelo, desolado también de aquella debilidad persistente, que aumentaba su fastidio.

Se hallaba bajo unos enormes pinos que cargaban el aire de un violento perfume de resina, y se revolcó en el polvo de las yemas caídas y disueltas, de acre olor también. Se agarraba á la tierra y le gritaba:

—¡Devuélveme la vida, devuélveme la fuerza!.. La necesito para soportar contrariedades y sufrimientos, la necesito para luchar y para vencer. Todo se vuelve contra mí, los acontecimientos lo mismo que los hombres, y quizá soy yo mi peor enemigo...

Luego pensó que en aquel instante el barón y la baronesa de Guibray entraban en el castillo nuevo, en aquella casa odiosa, edificada por Miguel Faulque, el asesino del barón Carlos... ¡Qué lúgubre carnaval era la existencia! ¡Y qué rara era la lógica en el mundo! Toda aquella casa había sido costeada con el producto de sus bienes robados... No importa; todo aquello carecía de importancia; no existía.

Calmóse y reflexionó. Quizá era él quien veía mal las cosas, y se equivocaba. Ni Clemente Faulque ni Bertilla eran responsables de los crímenes de un bisabuelo: las faltas son personales.

Ellos no hubieran obrado como los Faulque de antaño, en igualdad de circunstancias... ¡Oh, no, seguramente que no!.. Entonces, ¿por qué condenarlos por representación?

Todo eso era verdad, todo eso era justo..., pero no impedía los retrocesos instintivos y las antipatías. ¿Antipatía... para con Bertilla? A esta pregunta, mentalmente formulada, Pedro se sonrió en su sombra. Decididamente se apaciguaba.

¿Para con Bertilla?.. No, no..., tal cual era seguía siendo adorable; si al menos hubiese llevado otro nombre, un nombre cualquiera, vulgar, absurdo, pero sin recuerdo, él hubiera corrido á echarse á sus pies. Si se hubiese llamado Brice, por ejemplo, Bertilla Brice...

A esta ocurrencia, Pedro se reía á solas; difícilmente se imaginaba á Brice con una hija como Bertilla, y se confesaba que este parentesco tampoco le hubiera satisfecho.

¡Al diablo! Todo conspiraba para trastornar su cerebro y volverlo loco... Detúvose pensativo.

—¿Qué estarán diciendo allí ahora?.. Ella va á extrañar que yo no haya ido... ¡Bah!.. ¿Qué le importará á ella?..

En seguida se contradijo:

—¡Calla, no mientas! Bien sabes que te ama. ¡Ah, qué suerte tenemos los dos!

Quedóse pensativo, y como las campanas de la iglesia tocasen y su sonido llegase hasta él, se dijo que una ceremonia matrimonial sería hermosa dentro de aquel cuadro arcaico, con una novia como Bertilla, vestida de blanco.

En seguida se enterneció. El pobre nunca había sido muy fuerte de espíritu, y ahora deliraba sin cesar, razonando en el vacío y agotando sus escasas energías en tan vanos razonamientos.

Contempló sus manos blancas y sus dedos descarnados, y dedujo:

—Mejor hubiera sido que me hubiese muerto; así todo se arreglaba.

Luego se apoderó de él una grande impaciencia por conocer el resultado de la visita al castillo nuevo, y oírlo de labios de su padre ó de su madre.

Levantóse lentamente, se puso otra vez en camino y bajó al encuentro de ellos. Una vez más, regresaba con un sentimiento contrario al que abrigaba al partir.

Escuchó, cabizbajo, la descripción de las maravillas de la morada de los Faulque; esos detalles le ponían más sombrío; sin embargo, admiró las flores, cogió una del ramo de su madre y aspiró su perfume.

Pero como Valeria se sonrió, viendo sin duda una

intención secreta, una especie de símbolo en aquella acción sencillísima, Pedro arrugó el entrecejo y arrojó la flor en medio del camino.

Seguía siendo intransigente, irreductible. Al enterarse de la próxima visita de los Faulque, quedóse perplejo, preguntándose ya: primero, si asistiría al acto; segundo, en caso de asistir, qué cara, qué actitud ofrecería á aquellos extraños vecinos, tratados por él tan pronto como enemigos irreconciliables, tan pronto como amigos deseados.

Ignoraba profundamente la sencillez de alma, primer estado de la sabiduría.

Tres días después, una mañana, Brice presentóse en el castillo viejo, de parte de los Faulque, á preguntar si los castellanos estaban visibles aquella tarde.

En el patio encontró á Pedro y se le acercó familiarmente, lleno de cordialidad; mas para su decepción fué acogido sin amabilidad, con un poco de altivez.

Brice pensó que le habían cambiado su compañero del año anterior. ¡El señorito Pedro era antes más amable! Ahora tenía las personas á distancia y parecía poco dispuesto á volver á las antiguas intimidades.

Brice se dió en seguida cuenta de la situación, adoptó un tono de circunstancias, se inclinó profundamente y se expresó en términos rebuscados.

—Vengo en nombre de D. Clemente Faulque, mi amo, á recibir órdenes del señor barón y de la señora baronesa de Guibray...

Y continuó en ese tono, con toda dignidad. Valeria hizo contestar que con mucho gusto recibiría aquel mismo día al señor Faulque y á su hija.

Y Brice, embajador, se fué con la frente levantada, sin dejar adivinar la decepción que llevaba.

Pero recordaba secretamente con melancolía los tiempos, aún recientes, en que Pedro, sin más compañía que la suya, se pasaba horas en una barca, entre dos estacas, esperando con paciencia que el gubio quimérico ó la carpa ilusoria mordieran el anzuelo, teniendo por única distracción la conversación que él le daba.

¡Felices tiempos aquellos!

¿A qué obedecía tan repentino cambio? Brice no penetraba el enigma; y durante todo el camino hizo ásperos comentarios sobre la ingratitud de los grandes de la tierra.

Ante la inminencia del encuentro, Pedro resolvió arrostrarlo. A pesar de sus reservas, se alegraba á la idea de ver á Bertilla de cerca, de oírle hablar, de vivir en su ambiente, aunque no fuese más que por un instante.

Se consumió de impaciencia, no sabiendo en qué ocupar las horas... que se le hacían interminables; á cada minuto, cambiaba de voluntad; tenía miedo de sí mismo, de sus actitudes, de mostrarse demasiado atento ó demasiado indiferente.

Sus padres, menos complicados, preparaban la recepción sin trastorno alguno; para cada uno de los dos, ello formaba parte de un programa bien determinado.

Sin embargo, Valeria echó una mirada al conjunto de las cosas. Las ventanas, abiertas de par en par, prodigaban la luz en las salas altísimas de techo, adornadas ahora con muebles de su época.

Las viejas arquillas, sacadas de su sombra, desembarazadas de su polvo, producían excelente efecto en su cuadro natural; los tapiceros habían trabajado durante muchos días y sacado gran partido de aquellos trastos viejos desdeñados por Faulque. Restaurados, repasados, relucientes, los muebles de los abuelos triunfaban en aquella especie de resurrección. Además, eran venerables por la historia que contenían, por los recuerdos que evocaban.

Las maderas talladas ó labradas, que manos hábiles habían lavado y apomacado, se revelaban, rejuvenecidas, aunque conservando su carácter augusto de reliquias parlantes.

En aquellos vestigios del pasado, la influencia viva de los habitantes actuales se hacía sentir con intensidad.

Una mano de mujer elegante y refinada había prodigado los detalles graciosos; una inteligencia bien moderna había presidido á las múltiples combinaciones que se agrupaban en armonía.

Era severo como un museo, y era también gracioso como una residencia suntuosa y familiar.

Se sorprendía allí la presencia y la marca de las personalidades.

Hubiérase dicho que los recién llegados se habían encontrado en el acto como en una morada habitual, habían puesto de memoria cada cosa en su sitio, sin vacilación alguna, como á la vuelta de un viaje ó después de una mudanza.

Movíanse libremente allí como personas acostum-

bradas al ambiente, y parecían en su verdadero sitio, en el escenario que les cuadraba.

Aquella rápida toma de posesión podía asombrar á espíritus más sutiles que los Faulque; era verdaderamente desconcertadora.

Los partidarios de las herencias moleculares, del atavismo formal, hubieran sin duda sacado partido de esto; pero sin razón, porque la gloria de semejante resurrección pertenecía principalmente á Valeria, de apellido Brussane.

Bajo este nuevo aspecto, la ruina, al menos en el interior, se permitía cierta alegría. Sus habitantes no causaban ya lástima, sino envidia.

Bajo las ventilaciones sucesivas, la humedad había desaparecido; las lepras antiguas, los musgos, raspados, no existían ya. Ahora las puertas se cerraban dócilmente; no había ya corrientes de aire; el enorme pasamano de la escalera vastísima, libre de oxidaciones, con sus hierros y oros relucientes, era majestuosa. Los salones y los cuartos, gracias á las alfombras, á los tapices y á las cortinas, eran menos sonoros, conservando su solemnidad.

Todo se había hecho confortable sin dejar de ser grande, seriamente hermoso, encantador, con el prestigio de las leyendas y de las evocaciones, que lo dominaba todo.

Los vivos, al instalarse en casa de los muertos, no los habían expulsado; se habían alojado solamente al lado de ellos, como herederos respetuosos que continuaban una tradición.

Así es que cuando Clemente y Bertilla penetraron en aquel «caserón» que habían abandonado á su decadencia, quedaron asombrados de su súbita transformación.

En medio de las cortesías del recibimiento, Faulque no pudo ocultar sus impresiones; en presencia de Valeria un poco irónica, de Gilberto satisfecho y de Pedro tieso como un poste, manifestó su estupefacción.

—Pero es prodigioso; esto está desconocido; en un mes todo se ha metamorfoseado... Digan ustedes, ¿no han encontrado aquí todos estos muebles antiguos magníficos?..

—Sí, sí, contestaba el barón; aquí, en el castillo, algo dispersos, es verdad, en las buhardillas, en los sotabancos, en los sótanos, en todas partes, diseminados, desdeñados, polvorientos, rotos, cojos, desvencijados, pero muy fáciles de restaurar... Usted mismo lo ve.

Clemente Faulque puso mal gesto pensando:

«¡Vaya un chasco! Yo ignoraba todo esto... Creí hacer un buen negocio y no hice más que una tontería; todo eso vale mucho dinero, ¡pero mucho!.. El joven Guibray me la pegó..., ¿quién lo hubiera creído?.. La verdad que él tampoco sospechaba nada de eso... Ni él ni nadie.»

Ponía tan mal gesto, que los señores de la casa, leyendo claramente sus pensamientos en sus ojos, encontraron el lance divertido. Gilberto se reía abiertamente con descaro.

Bertilla se desinteresaba de aquellas cuestiones que poco le importaban. Pedro estaba en pie, delante de ella, que lo miraba furtivamente, encontrándole pálido y flaco, aunque más guapo, á pesar ó quizá á causa de las huellas del sufrimiento; en aquel momento todo su corazón iba hacia él.

Se alegraba, por aquel hombre débil, de que la ruina se hubiese hecho habitable; se decía que aquel cuarto de pobre, donde había descubierto el secreto de Pedro, había debido ser transformado también, y que el joven ya no dormiría en una camita de fraile, dentro de cuatro paredes desmanteladas.

Admiraba ingenuamente lo que veía á su alrededor, sin arrepentimiento ninguno. Todo aquello hubiera podido ser suyo; pero ¿qué importaba, puesto que era de Pedro?

Por una suave pendiente iba á parar otra vez á los apaciguamientos de la conciencia, á las capitulaciones.

Por su parte, Pedro, á diez pasos, la contemplaba diciendo para sí:

«Vamos, aquí la tienes; júzgala y júzgate á ti mismo; procura conocerte. ¿La amas realmente? ¿Estás para siempre enamorado de ella? ¿Eres esclavo de su voluntad?»

Y se confesaba que la muchacha era adorable; que jamás, hasta entonces, ningún rostro femenino había ofrecido para él tal suma de seducciones; que era inútil resistir más tiempo, para acabar con una derrota inevitable; que lo más sencillo y lo mejor era ser sincero, prosternarse, puesto que el recuerdo de las viejas querellas no le defendía ya, puesto que todo el odio pasado cedía y se borraba ante el amor presente.

Pero, á esta reflexión, se encabritaba de nuevo.

(Se continuará.)



¿POR QUÉ NO USAR LOS VESTIDOS CLÁSICOS?



POSIBILIDAD DE RESUCITAR LOS TRAJES DE LOS TIEMPOS CLÁSICOS

¿RETROCEDERÁ LA MODA Á LA SIMPLICIDAD Y BELLEZA DE LOS VESTIDOS DE LA ANTIGUA GRECIA?

La moda es sumamente versátil y caprichosa, por lo que no tendría nada de particular que el día me- nos pensado volviéramos á usar los trajes que se usaban en los tiempos clásicos.

La mutabilidad de la moda atrae irresistiblemente á la generalidad de las mujeres, por la razón de que ven en ella el reflejo de su propio temperamento, y sin pensar en sí mismas, quedan muy satisfechas con sujetarse á los caprichos de la moda.

Sería un disparate, por lo tanto, asegurar que no vendrá tal ó cual moda en la manera de vestir, porque dada la mentalidad femenina, todo cabe en lo posible. Si la moda tuviese que regir los recuerdos del pasado y nos hiciera retroceder al estilo que se usaba unos cuantos miles de años atrás, sus sectarias

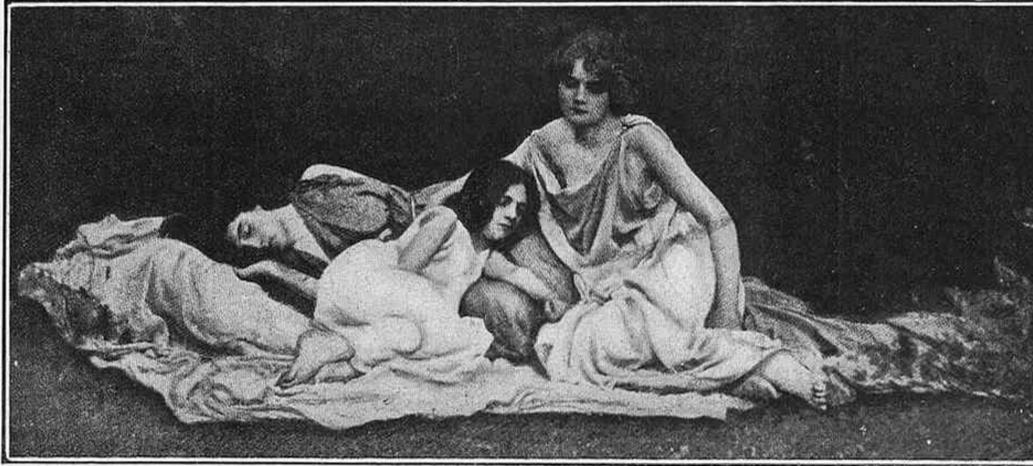
estarían muy dispuestas á aceptar sus prescripciones y abogarían porque obedeciera todo el mundo á lo

mandado. El estilo antiguo sería bien recibido; toda autoridad en el arte de vestir lo aclamaría como la

Es muy posible que la mujer de hoy día que no haya reparado en la perfección de lo antiguo, se horrorice al pensar que dentro de poco se verá obligada á vestir como vestían las mujeres de los tiempos clásicos.

Protestará, seguramente, cuando le digan que tiene que vestirse como la Venus de Milo; pero debe tranquilizarse, porque no llegará ese caso, por la razón de que aunque prevalezca algún día esa moda, no irán las mujeres vestidas como en la época en que se esculpió la famosa estatua. Los griegos usaban ropas muy ligeritas, porque así lo requería el clima del país en que vivían; pero hay que reconocer que eran unas vestiduras sumamente prácticas, cómodas y elegantes al mismo tiempo, y si sus artistas supieron imitar la belleza

tan magistralmente como lo hicieron, fué precisamente por usar estos trajes.



Jardín moderno de sueño. La moda clásica de vestidos produciría un inmenso efecto benéfico en las que los adoptaran, porque se ahorrarían muchas molestias hijas de la civilización

última novedad y diría que era cosa de buen gusto, y que la mujer no podía usar más traje que aquél.

Pero después de todo, ¿por qué no habrán de vestir las mujeres de ahora como vestían las de la antigüedad?

Ninguno de esos trajes adolece de las imperfecciones de otros muchos que se han usado ya. Ni son incómodos ni hay que hacer ninguna clase de sacrificio en las conveniencias personales.

Inventados por la moda en un momento de inspiración, reúnen la comodidad y la belleza en justa proporción, y satisfacen por completo las esencialidades del dibujo del vestido.

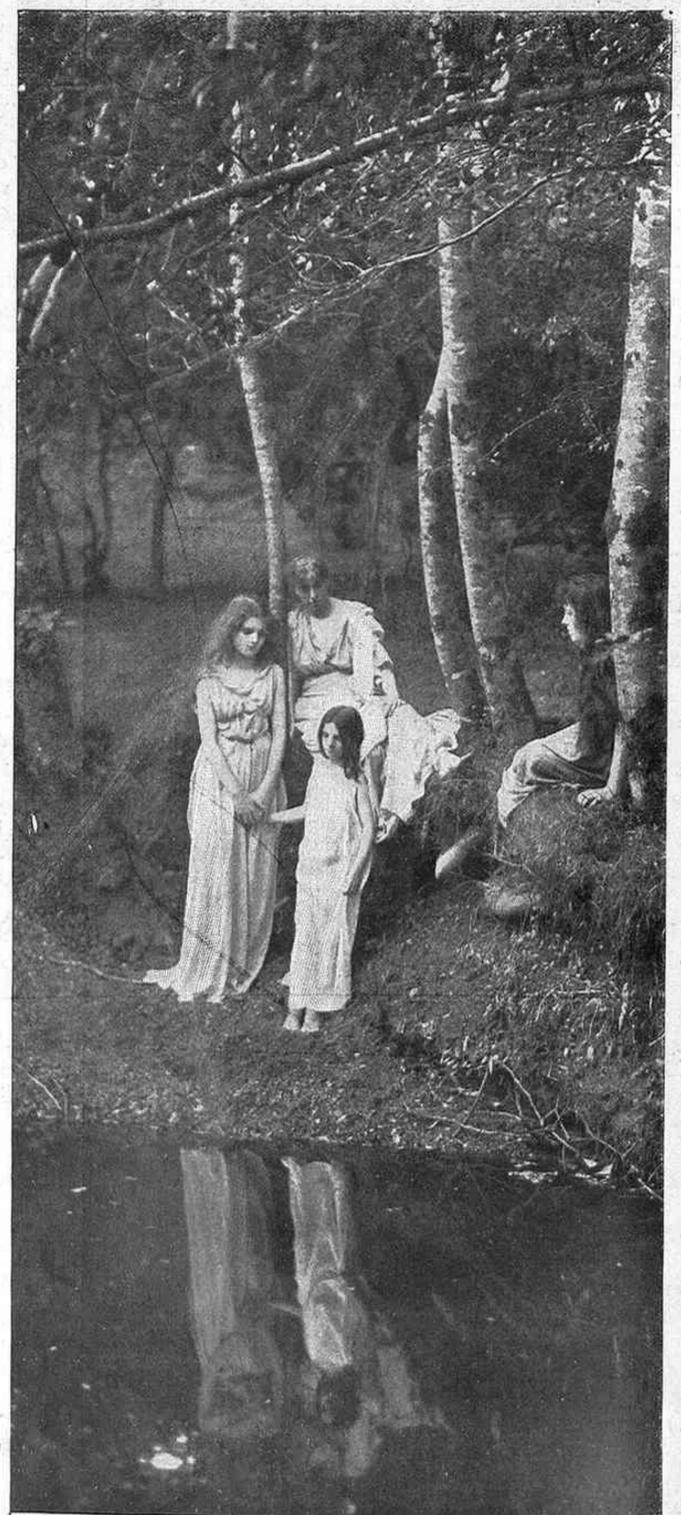
En los tiempos antiguos no había necesidad de formar asociaciones para hablar y discutir de lo poco higiénicos que son algunos vestidos; no se necesitaban artistas que se lamentasen de la contorsión del cuerpo humano. Nada de esto había, porque nada había que corregir, como hay ahora con los trajes que se usan. Allí se había previsto todo: la salud, la comodidad y la belleza.

La sencillez extremada del vestido de los tiempos clásicos no se prestaba á las variaciones á que se prestan los que se usan hoy, y acaso obedezca á eso el que no haya vuelto aquella moda. La mujer desea introducir constantemente variaciones en sus vestidos, aunque éstas sean extravagantes y ridículas.

Esa inconsecuencia, que es su característica predominante, la hace cambiar á cada momento de manera de pensar. Quizás un día le convenga no ver el peligro que hay en dar á la mujer una clase de vestido que no se preste mucho á las innovaciones; acaso alguna vez quiera ser razonable y deje de ser caprichosa, y entonces los vestidos que se usaban en los tiempos antiguos volverán á estar de moda, y volveremos á admirar la belleza y satisfará á la mujer, que lo adoptará sin vacilar por ser sumamente conveniente, por ser adaptable y atractivo al mismo tiempo, y la moda tendrá por fuerza que reconocer que en esta ocasión no se había equivocado.



A los encantos de estos vestidos de la antigüedad hay que añadir lo libre que quedaba el cuerpo para moverse cómodamente



La resurrección de los trajes clásicos no excluiría el gusto individual ni la iniciativa de las modistas



La gran quincena de la aviación en París.—Vista del aeródromo de Port-Aviación en Juvisy (De fotografía de M. Branger.)

Ha comenzado la gran quincena de la aviación en París, que hasta ahora se ha visto poco favorecida por el tiempo. En efecto, á causa de las lluvias, su inauguración, que debió haberse efectuado el día 3, hubo de aplazarse para el 7, y por el mismo motivo hubieron de suspenderse las pruebas del segundo día.

El aeródromo de Port-Aviación reúne todas las condiciones necesarias para el buen éxito del concurso, y en su instalación se ha atendido con especial cuidado á todo cuanto requieren la comodidad y el buen servicio del público. Las tribunas son elegantes y forman una serie de hermosos pabellones de diferentes estilos, y dominándolas á todas álzase un esbelto torreón destinado á la prensa; delante de ellas, en vez de la

barrera que suele cerrar las pistas, levántanse esbeltas columnas coronadas por cestas de flores y enredaderas.

Diseminados á continuación ó detrás de las tribunas, hay numerosos restaurants, bars, cafés y quioscos en donde se expenden dulces y refrescos. Además, fuera del aeródromo, se han instalado infinidad de establecimientos de esta clase para el público que desde el exterior presencia las pruebas.

Al otro lado de la pista están los cobertizos destinados á los aeroplanos, y en distintos lugares se han dispuesto grandes *garages* para automóviles, bicicletas y coches de todas clases.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
EXIGIR LA SIGNATURE
de BLANCARD

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonneparte, Paris.

Data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Casa GANDÈS
Pone y conserva el cutis limpio y terso
115, Rue de la Harpe, 115

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las *Afecciones del*
pecho, Catarros, Mal de gur-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los *Reumatismos,*
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico Inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moory's, 19, rue Mazagan, Paris, que envía gratis su curioso librito.